

FABIOLA



J. BALLESTA ~ EDITOR

FABIOLA

CARDENAL WISEMAN



ADAPTADA PARA NIÑOS POR
ELIANNE DE VIGNEN



CON ILUSTRACIONES DE
JOSE PALMA

DERECHOS



RESERVADOS

183X175

JOSÉ BALLESTA - EDITOR

CONSEJO DE CIENTO 424
BARCELONA



VICTORIA 2158
BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

EDITADO EN ARGENTINA

*

PRINTED IN REP. ARGENTINA

ILUSTRACIONES EN COLOR



PORTADA: Caminaban de dos en dos.

Y respondió con calma y dignidad.

Apartaba su mente del juego.

Salieron por la Vía Apia.

Pronto estuvo embriagado.

Caminaban cargados de cadenas.

Es un recuerdo de mi padre.

ILUSTRACIONES EN NEGRO

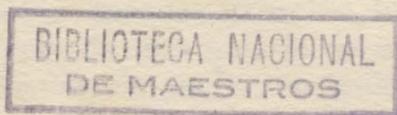


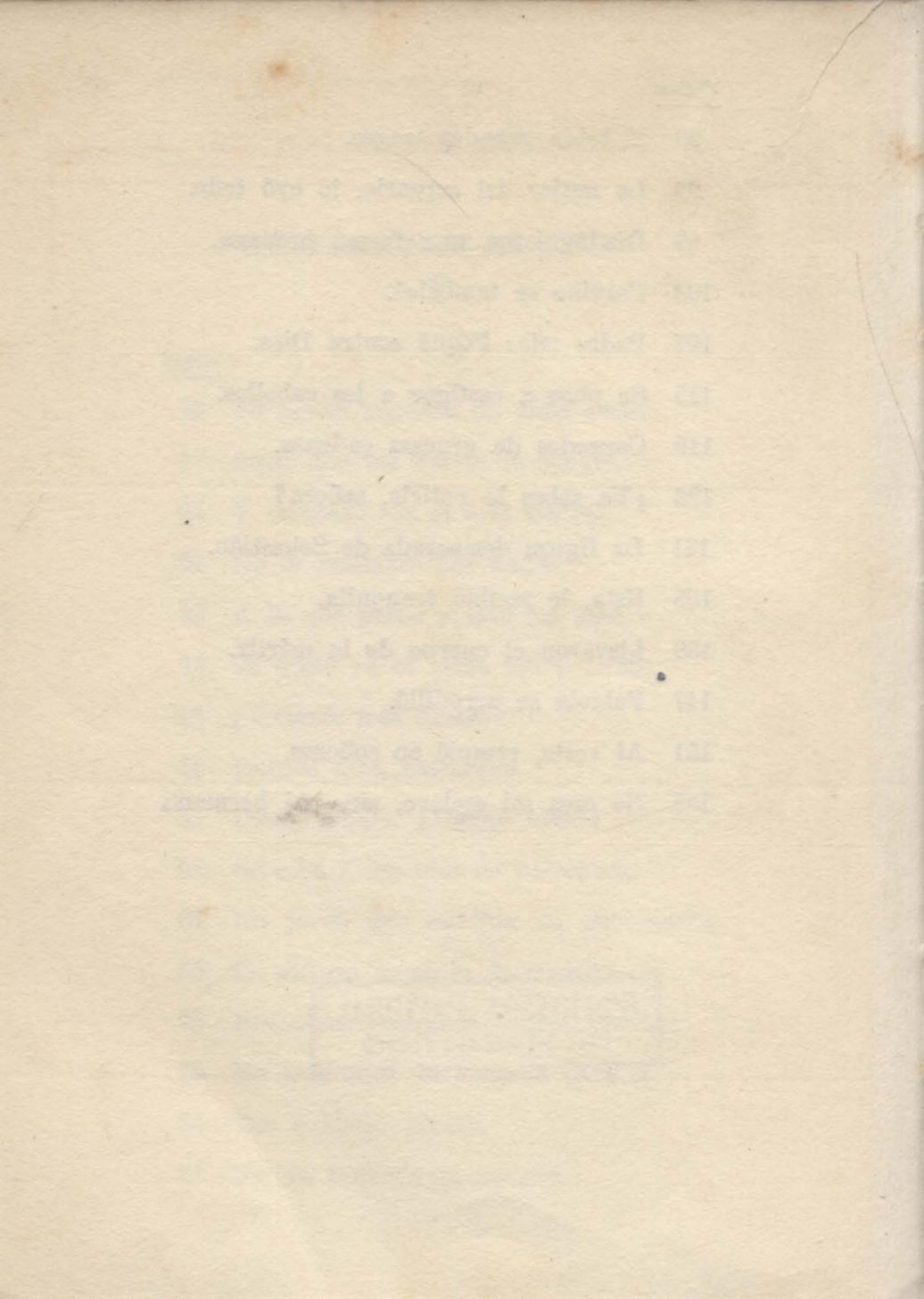
Página

- 12 Su rostro muestra un alma recta.
17 Sentí que me hervía la sangre.
21 Y amenazó con él a la sierva.
28 No lo cambiaré por nada.
32 A la que peinó y lavó los pies.
36 Se sentó en el lecho del tribuno.
43 ¿Todavía más dinero?
48 Buenos días, camarada.
51 Dime, amigo, ¿Dónde vives?
57 Se echó a los pies de su señora.
61 Un joven que escribía un manuscrito.
65 Le dió un mensaje de su hija.
75 Entonces, probemos —dijo Corvino.
79 Me trae aquí un encargo para ti.
83 Ten cuidado, pícaro.
87 No me importa la muerte.

Página

- 90 Y bebía grandes tragos.
93 La mujer del capsario, lo oyó todo.
99 Distinguieron una forma humana.
103 Corvino se tambaleó.
107 Padre mío: Pequé contra Dios.
115 Se puso a castigar a los caballos.
119 Cargados de gruesas cadenas.
123 ¿Ya sabes la noticia, señora?
131 La figura demacrada de Sebastián.
135 Esta, le recibió tranquila.
139 Llevaron el cuerpo de la mártir.
147 Fabiola se arrodilló.
151 Al verla, rompió en sollozos.
155 No eres mi esclavo, sino mi hermano.







FABIOLA

I

Acepta nuestra invitación, amigo lector, y acompáñanos por el barrio del Campo de Marte, de la antigua Roma, en una magnífica tarde del mes de septiembre del año 302.

Durante la república romana, había en aquel barrio un amplio terreno cerrado por una empalizada, llamado Septa u Ovil, porque se parecía a un corral para encerrar reses. Ahí se realizaban las votaciones del pueblo cuando había comicios. Pero más adelante, Augusto hizo levantar en el mismo lugar una construcción hermosa, que tenía la forma de una galería de mil pies de largo por quinientos de ancho, sostenida por una gran columna y valorada por muchas y valiosas pinturas.

Te llevaremos, lector, a una casa situada frente a la fachada del monumental edificio. Entremos

en el primer patio, denominado atrium. Este era lujoso, en su centro se elevaba un surtidor de agua transparente que los acueductos de Claudio traían desde Tusculum.

Las paredes del patio estaban adornadas por pinturas antiguas de gran mérito y de hermoso colorido. Bajo los elegantes arcos, había lechos de maderas carísimas, incrustados de plata y marfil, así como mesas de árboles de Oriente, en las que se lucían ánforas, estatuas y otros objetos de arte.

Sentada a una mesa, junto a una columna de mármol frigio, está una mujer joven todavía. Obsérvase en su rostro, de facciones altivas a la vez que dulces, la huella de algún gran dolor. A pesar del lujo que la rodea, está vestida con gran sencillez.

El único ornato de su vestido oscuro, es la banda de púrpura llamada segmento, que usaban las viudas romanas.

Se nota que está inquieta. Aumentaba su ansiedad, cuando la puerta se abrió impetuosamente impulsada y sonrió tranquilizada al ver al que llegaba.

Era éste un adolescente de catorce años.

Su rostro muestra un alma recta y generosa; su frente elevada, que rodean oscuros bucles, denota inteligencia. Lleva el traje corriente de los jóvenes romanos, o sea la praetexta corta hasta debajo de la rodilla y de su cuello cuelga una bulle o bola de oro.

Una vez que su madre le besó, tomó asiento a sus pies.

—¿Qué te retuvo tanto, hijo mío? ¿Supongo que no sería ningún accidente?

—No, querida madre, te lo aseguro. Es todo tan bueno que casi no me atrevo a contártelo.

—Dímelo todo, Pancracio.

—Bien. Pues este día, último de mis clases, ha sido seguramente bendecido. Esta mañana fuí clasificado primero por una disertación. Precisamente por ella hice un descubrimiento. El tema puesto era: "El verdadero filósofo ha de estar siempre preparado a morir por la verdad". Las composiciones de mis compañeros estaban plagadas de errores, pero no es culpa de ellos... ¡Pobres! ¿Cómo podrían hallar en sus falsas creencias una razón bastante poderosa como para sacrificarle la vida? Pero para un cristiano, el tema sugiere elevadas reflexiones. En el calor de mi lectura, cuando me tocó el turno, se me escapó la palabra cristiano en vez de filósofo y fe en lugar de verdad. Casiano se estremeció e inclinándose cariñosamente hacia mí, me dijo en voz baja: Ten cuidado, hijo mío, que entre los que nos escuchan, hay almas crueles.

—¡Cómo!—le interrumpió la madre—. ¿Sería cristiano tu maestro?

—Creo que sí, y cuando casi todos mis compañeros aplaudían sin haber notado el cambio de esas palabras, observé que Corvino me miraba ceñudo y se mordía los labios.



Su rostro muestra un alma recta.

—¿Y quién es Corvino, hijo mío?

—Corvino es el mayor y más fuerte de la clase.

—¿Y luego hizo algo contra tí?

—Precisamente, y ese fué el motivo de mi retraso. Cuando salimos de la escuela, se dirigió a mí con tono de provocación, diciendo: "Ven aquí, Pancracio. Hoy me mirabas con arrogancia mientras leías tu composición. Y de ella he anotado frases de las que tendrás que arrepentirte muy pronto; porque ya sabes que mi padre es el Prefecto de la ciudad y se prepara algo que puede tocarte. (Al oír esto de su hijo, la madre se estremeció). Pero antes de separarnos, me desquitare. Ahora mismo vamos a medirnos con armas más de hombres que el estilo y las tabletas".

—¿Y qué le contestate, hijo mío?—preguntó ansiosa la madre.

—Le respondí que estaba equivocado. Los compañeros nos rodeaban y todos estaban contra mí porque esperaban disfrutar del espectáculo de la lucha.

Al llegar a este punto, la voz del jovencito era temblorosa.

—No puedo—dijo—no me atrevo a contar lo que pasó después.

—Cuéntame, por amor de Dios y en memoria de tu padre—dijo la madre, apoyando la mano en la cabeza del hijo—. ¿Qué respondió entonces Corvino?

Quedando un momento en silencio, el chico se repuso y prosiguió:

—Entonces Corvino me dijo: “No. No te irás de ese modo, cobarde adorador de la cabeza de asno. No sabemos dónde vives, pero yo sabré hallarte y hasta entonces, aquí tienes esta señal”. Al decirme esto, me dió una bofetada que casi me hace caer de boca al suelo.

Pancracio estalló en sollozos y luego de un momento, continuó:

—En aquel momento sentí que me hervía la sangre. Parecía que el corazón se me salía del pecho y que una voz llena de desprecio me decía al oído ¡cobarde!...

—¿Y qué hicistes entonces, hijo mío—preguntó temblorosa la madre.

—Mi angel bueno pudo al demonio. Pensé en Nuestro Señor cuando estaba rodeado por sus enemigos y abofeteado por ellos y lleno de perdón y dulzura para todos. Quise imitarle y tendiendo la mano a Corvino le dije: “Que Dios te perdone como lo hago yo y que te dispense sus dones en abundancia”. En ese momento llegaba Casiano y mis compañeros se dispersaron al instante. Casiano había visto desde lejos lo ocurrido, pero en nombre de nuestras creencias le supliqué que no castigara a Corvino. Ya ves, querida madre, por qué puedo llamar dichoso a este día.

Mientras madre e hijo sostenían esta conversación, había oscurecido rápidamente. Una criada anciana encendió silenciosamente las lámparas sostenidas por pies de mármol y bronce.

Luciana depositó un beso en la frente de su

hijo. Por fin había llegado el día que tanto ansiara. Desde la cuna, aquella madre piadosa, espía-ba las inclinaciones del alma infantil de Pancracio para dirigir sus pasos hacia el santuario de Dios.

Por fin dijo con voz emocionada:

—Parece que en este último día de tu asistencia a clase Dios quiso darte una lección que valiese por todas las demás y te hiciera ver que de ahora en adelante eres un hombre porque puedes pensar como tal.

—¿Por qué, madre mía?

—Porque te has revelado digno hijo del mártir Quintinio. ¿Acaso no deseas parecerle a él?

—Madre querida, yo siempre he deseado imitarle. Ya que no pude tener la felicidad de conocerle, aspiré siempre a imitarle.

—Bien, hijo mío, quítate del cuello ese signo de tu niñez, que tengo guardado para tí un regalo mucho más valioso.

Obediente, el muchacho se despojó de la cadena con la bola de oro. Luciana prosiguió diciendo con voz conmovida:

—Heredaste de tu padre un nombre ilustre, riquezas, alta posición, ventajas todas envidiables; pero yo te guardé de su herencia algo más precioso que las joyas y voy a entregártelo.

A estas palabras se quitó del cuello la cadena de oro y Pancracio vió por primera vez que de ella colgaba un saquito de tela bordado y adornado con piedras preciosas. Luciana lo abrió y extrajo de él una esponjita seca pero que había sido em-

papada tiempo antes con un líquido oscuro. Mostrándosela a Pancracio, le dijo:

—Esto, hijo mío, es sangre de tu padre, que yo misma recogí de sus heridas cuando le ví morir por haber proclamado su fe en Dios.

Simultáneamente con las escenas que acabamos de narrar, se desarrollaba otra de distinta índole en la mansión de Fabio, un patricio de la Orden de los Caballeros, cuyos antepasados habían hecho una enorme fortuna arrendando los tributos de las provincias romanas del Asia.

El propietario de la magnífica mansión era un hombre de costumbres mundanas y no tenía creencia alguna. Eso sí, tenía el cuidado de asistir a las ceremonias religiosas en que era conveniente dejarse ver, adorando a los dioses oficiales.

La dueña de la espléndida mansión, que compartía con Fabio su lujo y su enorme fortuna, era su única hija y heredera, quien de acuerdo con la costumbre romana, llevaba el mismo nombre del padre suavizado por el diminutivo: Fabiola.

Como se acercaba la hora de la cena, Fabiola se disponía a presentarse ante sus invitados en todo el esplendor de su belleza realzada por un lujoso atavío.

El carácter de Fabiola era diferente del de Fabio.

Era virtuosa por orgullo y censuraba las costumbres ligeras de sus iguales.

En el momento en que la encontramos, sostenía en su mano izquierda un espejo de plata y en



Y RESPONDIO CON CALMA Y DIGNIDAD:



Sentí que me hervía la sangre.

la derecha una cosa que usaban con frecuencia las damas romanas: un fino estilete con mango de marfil tallado, unido por una cadenita de oro a un anillo del mismo metal, para poderlo llevar colgado.

Tres esclavas se ocupaban del arreglo de Fabiola. Una de ellas era negra, de la raza abisinia, de rasgos regulares y agradables. Era muy entendida en la composición de filtros y venenos. Le llamaban Afra.

Otra de las esclavas era griega, su nombre era Graia y tenía un gusto delicado para vestir a Fabiola.

Syra era la tercera, una asiática habilidosa para los bordados y que se distinguía de las otras en que era más callada y diligente.

En aquel momento, la esclava negra decía:

—¡Oh, noble señora! Yo sería muy feliz si pudiera estar en el triclinium cuando tú aparezcas, para disfrutar del efecto que en los invitados hará este nuevo stibium (köhol de antimonio para los párpados) que me ha costado tanto trabajo y del que estoy segura que en toda Roma no lo hay igual.

—Pues yo—decía la griega— no deseo semejante honor, sino que me bastaría ver desde afuera cómo admirarán todos esta preciosa túnica llevada por tí.

—¿Y tú, qué desearías, Syra—interrumpió Fabiola—y qué mérito encuentras a tu labor?

—Yo no tengo vanidad de mérito alguno, porque sólo cumplí con mi deber.

Pero la respuesta humilde y sincera de la esclava no agradó a la joven patricia, que dijo:

—Tengo tanto derecho al servicio de tus brazos como al de tu lengua y si se me ocurre ser lisonjeada por tí, tendrás que hacerlo, te agrade o no.

—Cierto, señora—contestó Syra tranquila y digna—que es tuya mi vida, pero tengo algo mío, que ni el mismo emperador podría comprar y que nada ni nadie esclaviza porque es indestructible y eterna.

—¡Oh! ¿Y qué es?

—El alma.

—¿El alma?—preguntó Fabiola llena de asombro—. ¿Qué quieres decir con esa palabra?

—Yo no puedo explicártelo, pero te diré que el alma es la vida superior, espiritual y verdadera.

Fabiola quedó estupefacta. Pero pronto se despertaron en ella el orgullo y la cólera, diciendo airada:

—¿De dónde sacaste esos desvaríos? ¿Una sierva ignorante como tú, pretende saber más que su ama? Nunca leí eso en los autores latinos. ¿Dónde lo aprendiste?

—En una escuela de mi país, donde no se hace distinción entre los naturales y los bárbaros, ni entre los amos y sus esclavos.

—¿Qué dices?—exclamó furiosa Fabiola—. ¿Pretendes ser igual a mí? ¡Vaya! Dilo claro...

—¡Oh, noble señora!—respondió Syra temblorosa pero con calma—yo no puedo compararme contigo en hermosura, riqueza, poderío ni inteligencia. ¿Cómo yo, insignificante criatura, podría atreverme a ello? Pero...—y aquí vaciló un poco—, una infeliz esclava que tiene la seguridad de que en ella hay un espíritu eterno a semejanza de la Divinidad, no puede considerarse inferior, en el sentido moral, naturalmente, a la que a pesar de tener grandes dotes naturales no reconoce para ella misma otro fin que el de los pájaros que alejean toda la vida dentro de sus jaulas doradas.

Fabiola se sintió humillada y confundida por vez primera, con el agravante de ser una esclava la causante. Ciega de ira, tomó el puñal y amenazó con él a la sierva, quien levantó instintivamente el brazo recibiendo en él una profunda herida, de la que al instante brotó la sangre abundantemente. Los ojos de Syra se llenaron de lágrimas.

Fabiola se avergonzó de su crueldad y dijo a la asiática:

—Ve en busca de Eufrosina para que te haga curar. No quise hacerte tanto mal. Espera... quiero compensarte.

Buscó la joven entre las alhajas que estaban sobre el tocador y escogiendo una joya se la dió a la esclava diciéndole:

—Toma para tí esta sortija. Por hoy quedas libre de todo servicio. Anda.

Con eso, Fabiola tranquilizó su conciencia, cre-



Y amenazó con él a la sierva.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

yendo haber reparado el mal hecho a la muchacha. Pero cuando el domingo siguiente se recogieron las limosnas en la capilla cristiana del Buen Pastor, el sacerdote Policarpo halló entre ellas un anillo con una esmeralda de elevado valor. Solo el Señor supo que era el óbolo de una esclava extranjera que llevaba el brazo vendado.

Mientras ocurría la violenta escena que hemos narrado entre Fabiola y su esclava Syra, había entrado en las habitaciones de la joven romana otra persona que alcanzó a ver el hecho lamentable, pero no tuvo tiempo de evitarlo.

Al salir Syra de la cámara tropezó con una jovencita de trece a catorce años, toda vestida de blanco y sin adorno alguno sobre ella.

Syra se detuvo, esperando que pasara, pero la recién llegada le tomó la mano, se la besó cariñosamente y le dijo:

—Lo he visto todo, Syra. Cuando yo salga, reúnete conmigo en la sala que está junto a la entrada.

Dicho eso, entró en la estancia. Fabiola se ruborizó avergonzada, por temor de que la jovencita hubiera visto la escena anterior. Despidió a las dos esclavas y se adelantó hacia su prima Inés.

Fabiola era tirana con todo el mundo exceptuando a dos personas: a su prima Inés, a quien quería profundamente y cuya compañía buscaba siempre y a la liberta Eufrosina.

—Has sido muy amable, Inés, aceptando mi invitación para la cena. Mi padre tiene invitados

nuevos y me ayudarás a sostener la conversación. Entre los comensales está un extranjero, llamado Fulvio, por el cual tengo curiosidad. Me han ponderado su fortuna, su talento, elegancia y distinción, aunque lo cierto es que nadie sabe de dónde vino.

—Querida Fabiola, ya sabes que me agrada tu compañía y que mis padres me permiten muy gustosos venir a visitarte.

—Y vienes, como siempre, toda de blanco, sin adornos ni joyas como si celebraras tus bodas... Pero, ¿qué es eso? ¿Te has herido? Tienes en el lado derecho, ahí en el cinturón una mancha roja como de sangre. Tienes que cambiarte el traje en seguida.

—No lo cambiaré por nada, Fabiola. Esta es la única joya que llevaré esta noche. Es sangre de una esclava, pero más noble para mí que la de nuestras venas.

Comprendió Fabiola que Inés había visto lo ocurrido con Syra y molesta porque eso la humillaba, dijo:

—¿Piensas exhibir ante todos la muestra de mi humor y de que me excedí castigando a una sierva insolente?

—No, querida prima. Lo que deseo es tener presente una lección de valor y nobleza aprendida de una esclava. Tú eres buena. ¿Por qué no reconocer que esa esclava quedó a mayor altura que tú en valor moral y amor a la verdad, cualidades que tanto admiras? Pero ya veo tu res-

puesta en esas lágrimas. ¿Quieres hacerme un favor?

—Todo lo que esté en mis manos, Inés.

—Véndeme a Syra, creo que ese es su nombre; además, parece que no la estimas mucho.

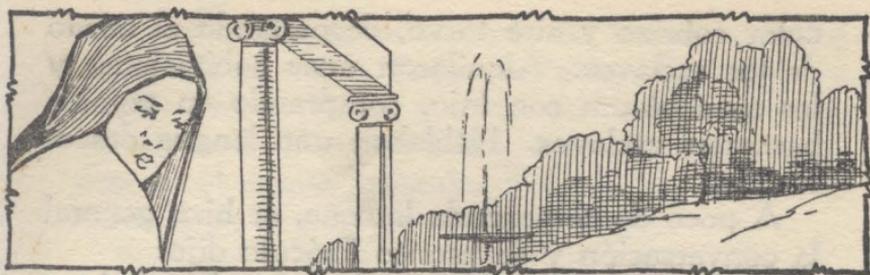
—Te quivocas, Inés. Dejando a un lado mi orgullo, te diré que desde hoy la estimo y . . . tal vez la admiro. En el verano pasado, que tú no estabas aquí en Roma, caí gravemente enferma; para que las otras esclavas se aproximaran a mí era necesario el látigo, pero la pobre Syra no se apartó de mi lecho y me cuidó día y noche. Sus desvelos hicieron mucho por mi curación. Me dijeron que comparte su comida con una ciega.

—¿Y no la quieres en vista de su abnegación?

—¿Querer a una esclava? ¿Qué dices? La recompensé espléndidamente.

—Es preciso, Fabiola querida, que Syra sea mía. Me prometiste darme lo que te pidiera. Pídeme un precio y deja que me la lleve esta noche.

—Haz lo que quieras, pero para el precio, manda a alguien que hable mañana con el liberto de mi padre. Vamos ahora a recibir a nuestros comensales.



II

Ya estaban todos los invitados reunidos en una sala cuando las jóvenes bajaron. Uno de los comensales era Calpurnio, un gran sofista romano que presumía de saber de todo. Otro de los invitados era Próculo, conocido por su amor a la buena mesa. Dos más de los presentes merecen nuestra atención: uno de ellos, distinguido por las preferencias de las dos jóvenes primas, era Sebastián, tribuno y oficial superior de la Guardia Imperial Pretoriana.

Otro invitado, que se sentaba por primera vez a la mesa de Fabio, era su polo opuesto. Hablaba de Fulvio el extranjero elegante, afeminado en sus modales, lleno de joyas y afectado en sus palabras. Nadie sabía quién lo había presentado en la corte, donde deslumbraba por su lujo desmedido. Un buen día llegó a Roma acompañado por un hombre mayor que él, que podía ser su esclavo, un liberto o un amigo; este acompañante era de

color cobrizo y aire torvo, despertando el miedo de los esclavos. Alquilaron unas habitaciones y las amueblaron con lujo, comprando en seguida bastantes esclavos. Hablaban una lengua desconocida.

A poco de comenzada la cena, se hizo general la conversación y de pronto Próculo dijo:

—Tengo entendido que el divino Diocleciano ha ordenado que las nuevas termas estén terminadas dentro de tres años.

—Eso será imposible—dijo Fabio—, porque hace tres días fui a los jardines de Salustio y vi que en un año las obras han adelantado muy poco y lo que resta por hacer es enorme.

—Es verdad. Pero han dado orden de traer varios miles de cristianos de las minas de España, Grecia y Cerdeña. Ellos adelantarán las obras.

—¿Por qué—preguntó Fabiola intrigada.

—Porque los condenados ordinarios son reacios al trabajo. Pero los cristianos trabajan como si en ello encontraran placer y no pena. Aunque no por eso dejan de darles golpes los capataces.

—Esa es una justicia cruel que no admito—observó Fabiola, agregando—: Esa secta me parece muy extraña. ¿Por qué tendrán esa insensibilidad los cristianos?

Entonces, Próculo dijo con tono burlón:

—Calpurnio puede ilustrarnos mejor que nadie.

Calpurnio habló en tono doctoral, diciendo:

—Esa es una religión muy rara; su fundador vivió largo tiempo en Caldea, introduciendo su

doctrina en Roma en tiempos de Vespasiano dos hermanos llamados Pedro y Pablo. Lo cierto es que llegaron a Roma y Pedro fué reconocido por un siervo de Poncio Pilatos, quien lo hizo crucificar en el monte Janículo. Por eso sus discípulos hicieron de la cruz un símbolo de su secta.

Todos los presentes oyeron admirados la explicación, menos dos personas: Sebastián miró a Inés como preguntándole si debía refutar los disparates de Calpurnio, pero ella le hizo una seña rogándole que guardase silencio. Siguió la conversación sobre las nuevas termas y de pronto dijo Fulvio volviéndose a Sebastián y con una falsa sonrisa:

—Para la inauguración se preparan grandes juegos y fiestas. Pero sin esperar hasta entonces, habrá otras; se han hecho venir de Numidia muchos leones y leopardos. Un valiente soldado como Sebastián ha de ser un entusiasta del anfiteatro, sobre todo cuando el espectáculo es para librarnos de los enemigos del imperio.

Sebastián se incorporó de los almohadones y respondió con calma y dignidad:

—Yo no merecería que me llamaras valiente si viera con placer cómo las fieras despedazan a mujeres y niños indefensos. Eso no es un noble espectáculo. Mi espada, que siempre esgrimí en defensa de la patria, saldría de buena gana en defensa de esos pobres seres. Y no soy el primer romano ni el más noble que haya dicho esto. Cicerón dijo que un espíritu culto no puede hallar



No lo cambiaré por nada.

placer en ver a una persona desgarrada por las fieras, ni a un animal atravesado por los colmillos de un jabalí.

—De manera—replicó Fulvio—que nunca te veremos en el anfiteatro.

—Si alguna vez me ves—contestó Sebastián—ha de ser del lado de las víctimas.

En ese momento intervino Fabiola diciendo:

—Apruebo lo dicho por Sebastián, que siempre manifiesta sentimientos generosos.

Fulvio, despechado, no volvió a decir una palabra hasta el fin de la cena.

.

Cuando Syra se presentó ante Eufrosina, la nodriza se asustó a la vista de la herida, pero al saber que se la había hecho Fabiola trató en seguida de disculparla.

—¡Pobre Syra! ¿Te duele mucho? Es una herida terrible. ¿Qué has hecho para merecer este castigo? El tajo es profundo, pero te lo ha hecho la criatura más dulce de todas. ¿Tienes algo, una banda o velo, para arrollarte al brazo como si fuera un adorno y disimular la herida? Voy a ver.

Dirigiéndose al cuarto de las esclavas, abrió el cofre donde Syra guardaba sus cosas y en el fondo halló una tela cuadrada, espléndidamente bordada con oro y perlas. La esclava le pidió a Eufrosina que la dejara en el cofre, porque era un recuerdo precioso para ella. Pero Eufrosina no le hizo caso y se la colocó disimulando la herida y con tanta gracia que pareció un adorno.

Syra tomó luego una cestita tapada con un lienzo y se dirigió a una salita frente al cuarto del portero. Cuando abrió la puerta, se acercó a Syra una jovencita de quince años, vestida limpia pero pobremente, y abrazó a la esclava cariñosamente. Era la cieguita de que había hablado Fabiola.

—Siéntate, querida Cecilia. Hoy te traigo un plato especial que me dió mi señora.

—No, Syra; no debo aceptarlo. Ese plato era para tí. Dios me hizo pobre y debo contentarme con comidas de pobre.

—Bueno, Cecilia. Voy a traerte de mi comida ordinaria.

A estas palabras, Syra llevó el plato especial a sus compañeras, pero antes de entrar se quitó del brazo el rico adorno. Al regresar junto a Cecilia, se lo colocó de cualquier modo. Pero al atravesar el atrio vió a Fulvio que se dirigía a la puerta. Al verlo se puso a temblar como una hoja. Se persignó, y huyó deslizándose hasta la puerta sin que Fluvio la viese, pero en su huída se le cayó la tela bordada del brazo.

Cuando Fulvió llegó al lugar donde estuvo detenida Syra, se echó hacia atrás asustado, mirando fijamente al suelo. Se inclinó para recoger la tela caída del brazo de la esclava y no se atrevía a alzarla, hasta que oyó pasos y reconoció en ellos los de Sebastián. Entonces la recogió y la dobló para guardársela, pero al ver las manchas de san-

gre, se tambaleó como si estuviese ebrio y dando traspiés salió, dirigiéndose a su casa.

Llegó a ella pálido y vacilante. Despidió a los esclavos que acudieron y llamó a su intendente, quien entró y cerró la puerta. Fulvio dejó la tela sobre la mesa alumbrada por una lámpara y señaló las manchas rojas. El hombre de semblante torvo y cetrino dijo en lengua extranjera:

—Indudablemente, es la misma. Pero ella ha muerto.

—¿Tú estás bien seguro, Eurotas?

—Con la seguridad que se puede tener de lo que uno no ha visto. Pero... ¿De quién es esa sangre y dónde encontraste eso?

—Mañana te lo diré. Hoy me siento muy mal. Esta sangre estaba fresca cuando la encontré y es un presagio seguro de terrible venganza.

—Esas son fantasías. Mejor es que haya venido a nuestras manos y no a las de otro. La noche nos dará consejo.

—Tienes razón, Eurotas, pero tú vas a dormir hoy en mi habitación.

Más dejemos a los dos asiáticos y volvamos a la casa de Fabio. Cuando Syra vió que Fulvio había salido a la calle, volvió junto a la ciega, a la que peinó y lavó los pies amorosamente, una vez que terminó la cena que le llevara.

En eso, llegó a la puerta Inés con Fabiola que quiso acompañarla hasta la salida. Levantó Inés la cortina e hizo que su prima mirara también la



A la que peinó y lavó los pies.

escena conmovedora. Fabiola se sintió desconcertada y dijo a Inés:

—Déjame que me retire a mis habitaciones. Preciso descanso y he de reflexionar. Veo que Syra, además de inteligencia, tiene corazón.

Al alejarse Fabiola, Inés entró a la salita y dijo riendo a la ciega:

—Vaya, Cecilia... ya descubrí tu secreto. Ahora sé por qué no quieres comer en mi casa. Pero no me disgusta tu preferencia y me alegra que estés aquí para que oigas lo que digo a Syra. Le traigo buenas noticias. Fabiola acepta que te lleve a mi casa, Syra, de modo que mañana serás libre y hermana mía.

La cieguita, contentísima, abrazó a Syra, pero esta dijo con voz llena de emoción:

—Eres muy bondadosa, querida y noble Inés, y yo te estaré siempre agradecida por haberte ocupado de mi suerte, pero no te disgustes si te suplico que me dejes donde estoy.

—A tu lado no tendría ninguna cruz que llevar y me es provechoso por mi carácter orgulloso y porfiado, sufrir algunas humillaciones. Además, tú conoces muy bien a Fabiola y la quieres; ¿verdad que sería una gran cristiana?

—¿Tienes esperanzas de que se convierta?

—No pienso en otra cosa día y noche. Trato de ganarla a fuerza de paciencia y constancia. Creo que el terreno ya está preparado.

—Entonces — concluyó Inés — hermana Syra,

me has convencido y serás más útil aquí que a mi lado.

Al entrar Fabiola a su habitación, despidió a Eufrosina y las dos esclavas en forma más amable que la acostumbrada. De pronto, vió el estilete con que hiriera a Syra y abriendo un cajón lo echó en él con marcada repugnancia, pensando que jamás volvería a usarlo.

.

Pocos días después de aquel en que ocurrieran las escenas que hemos descrito, llegaban a las habitaciones de Sebastián en el Palacio Imperial, situadas frente a la fuente llamada Meta Sudens, o sea la "piedra que suda", el oficial acompañado de Pancracio, el jovencito que ya conocemos.

Como dos hermanos hablaban de las persecuciones a la Iglesia y los cristianos, paseando por la terraza que bordeaba el ala izquierda del edificio, cuando Pancracio dijo:

—Eso me hace recordar algo que deseaba consultarte, mi buen consejero. ¿Llegarán muy pronto los que esperas?

—No. Además, llegarán de a uno y tenemos tiempo de hablar mientras se reúnen. Vamos a mi cuarto y estaremos solos.

Llegáronse al cuarto del militar, alumbrado por la luz de la luna que entraba por la ventana. Junto a ésta se apoyó Sebastián, y Pancracio se sentó en el lecho del tribuno, quien preguntó sonriendo:

—Bueno, dime qué asunto es ese sobre el cual quieres saber mi valiosa opinión.

—Pues es el caso que en mi casa hay mucha vajilla de plata, inútil por nuestra vida sencilla; hay también guardadas muchas alhajas antiguas que mi madre no volverá a usar nunca más, y hace años que están encerradas. Yo soy el último de mi raza. Tú mismo me has dicho que los herederos naturales de un cristiano son los pobres. ¿Han de esperar a mi muerte para tener lo que les pertenece? Ya se anuncia más o menos veladamente una persecución y podrían ser confiscadas todas esas cosas con el saqueo de nuestras casas. ¿No sería mejor distribuir las ya entre los pobres?

—Ese proyecto me parece excelente. ¿Qué es lo que te hace dudar para llevarlo a la práctica?

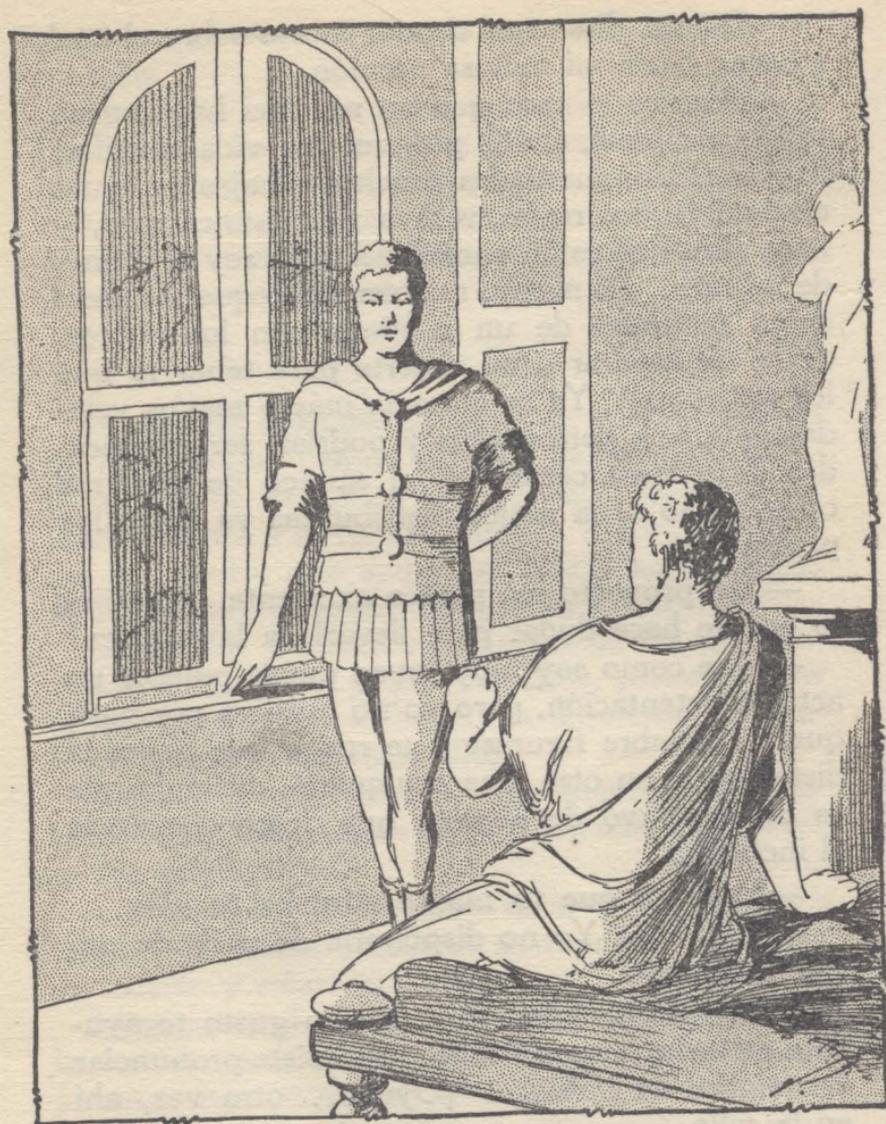
—Que como soy muy joven puede parecer un acto de ostentación, pero yo no quisiera por nada que mi nombre figurase y te ruego que hagas la distribución en otra casa cualquiera, diciendo que es un donativo de alguien que desea conservar el incógnito.

—Supongo que tu madre aprueba tu idea...

—Sin duda. Yo no dispondría de nada de eso sin su permiso.

—Bien, Pancracio. Con mucho gusto te ayudaré en todo, pero... calla. ¿No oíste pronunciar el nombre de Fabiola? ¡Oye!... otra vez, ahí en la calle...

Pancracio se acercó a la ventana y ambos es-



Se sentó en el lecho del tribuno.

cucharon las voces que se oían al pie de la misma: eran de un hombre y una mujer. La ancha cornisa saliente les impedía verlos, pero de pronto avanzaron y la luz de la luna les iluminó de lleno, diciendo Sebastián en seguida:

—Yo sé quién es esa africana. Es la esclava de Fabiola.

—Y él—dijo Pancracio—es Corvino, mi ex compañero de escuela.

Ambos trataron de escuchar lo que hablaban los dos interlocutores, pero como se paseaban mientras conversaban, solo podían alcanzar frases sueltas. Nosotros daremos su diálogo entero, pero antes diremos algo sobre la personalidad de Corvino el hijo de Tértulo el prefecto de Roma.

El empleo del Prefecto del Pretorio no hubiera sido aceptado por ningún miembro del Foro. Tértulo fué traído especialmente de Sicilia por su impasibilidad ante el dolor. Tenía que presidir todo el día un tribunal donde las torturas eran lo corriente.

En ese tribunal se había criado Corvino, hallando placer en asistir a las terribles escenas, sentado a los pies de su padre.

Como su padre no había de legarle fortuna y él era incapaz de conseguirla, aspiraba a casarse con alguna rica heredera. A eso tendía su conversación con la esclava negra, a la que decía:

—¿Me traes alguna noticia? Ya van cuatro veces que vengo a la Meta Sudens a buscarte a hora intempestiva.

—Que mi señora se va a su posesión de Cajata e iré con ella. Necesito más dinero a fin de seguir trabajando para tí.

—¿Todavía más dinero?

—Una buena suma, porque necesito drogas muy costosas y raras, que habrás de pagar.

—¿Pero me aseguras que tu arte tenebroso dará resultado? No tengo atractivos físicos ni hablo bien.

—Entonces te daré un consejo; hay una cosa a la que nadie resiste: el oro. Procúratelo.

—Justamente, es eso lo que busco. ¿Cómo lo consigo?

La negra se sonrió y dijo misteriosamente:

—Gánatelo como Fulvio...

—¿Y cómo lo gana? ¿Tú lo sabes?

—Tienes a tu alcance los cristianos. Sabes que se prepara una nueva persecución contra ellos...

—Sí, y más terrible que las otras.

—Sigue mi consejo y trata de dar con una o dos víctimas ricas, que te darán provecho. Ven a verme con una mano llena de oro y yo haré que llenes las dos tuyas.

Corvino partió para la Vía Apia y Afra hizo como que tomaba el camino de las Carinas, pero retrocedió y mirando a Corvino dijo:

—¡Idiota! Cree que emplearé mis filtros en una persona tan importante como Fabiola...

Sebastián decidió dar a conocer todo aquello a Fabiola, pero había de esperar su regreso del campo.



III

Al entrar Sebastián y Pancracio a la sala principal, hallaron en ella a los invitados que esperaban y se sentaron todos a la mesa.

Naturalmente, eran todos cristianos, sacerdotes y seglares. Debían tomar acuerdo respecto a unas conversaciones que el mismo Sebastián hizo en el Palacio, donde disfrutaba de la confianza del emperador. Poco a poco había llevado a cabo numerosas conversiones, pero poco antes de la época que relatamos, se produjo una en masa, cuyos detalles se cuenta en la historia del mártir.

Fué a causa de dos hermanos llamados Marcelino y Marco, encarcelados, que esperaban su ejecución. A petición del padre de los jóvenes, llamado Tranquilino, se les concedió treinta días más de vida para ver si abjuraban de la fe cristiana. Estando a punto de ceder, Sebastián les visitó en la prisión, donde había diez y seis prisioneros más, paganos todos.

Fué una escena conmovedora que impresionó a los paganos. Todos lloraban tocados por la gracia. Algunos, arrodillados, se abrazaban a sus piernas, mientras otros le besaban los pies. Nicóstrato, el magistrado, estaba allí con su esposa Zoé; ésta estaba de hinojos y su marido demostraba su emoción. Nicóstrato dijo:

—Vamos, Sebastián. Ya es tiempo de que salgas, porque te expones. Yo admiro tu fé y tu elocuencia, pero mi deber impone silencio a mis sentimientos.

—¿Entonces, tú no crees?

—No, Sebastián. Necesito más pruebas de tu virtud.

—¡Zoé, háblale tú—exclamó Sebastián—porque veo en tus ojos que crees!

Zoé se tapó la cara con las manos y estalló en profundos sollozos.

—Sebastián, la has tocado en su herida. ¿No sabes que mi esposa es muda?

—No, Nicóstrato. No lo sabía, porque cuando hace seis años la vi en Asia, hablaba a la perfección.

—Pues desde entonces su lengua se ha ido paralizando hasta quedar completamente muda.

Sebastián, transfigurado, se concentró unos instantes, oró elevando su alma al Señor y en voz alta pronunció una elocuente plegaria. Luego, hizo con la mano derecha el signo de la cruz sobre la boca de Zoé y le dijo:

—¡Habla, Zoé! . . . ¿Crees?

¡Y Zoé habló!

—¡Creo en Nuestro Señor Jesucristo!—dijo con toda claridad, echándose a los pies de Sebastián.

Nicóstrato lanzó una exclamación y cayó de rodillas, convencido. Como él era el responsable de los prisioneros y podía hacerlos trasladar a la cárcel que dispusiera, los llevó a una finca de su propiedad, donde podrían ser instruídos en la religión.

El domingo anterior, el Papa celebró los oficios divinos en casa de Nicóstrato y aconsejó que todos los fieles salieran de Roma. En la reunión hecha en las habitaciones de Sebastián se iba a decidir cómo saldrían los grupos para no llamar la atención; unos irían por la Vía Apia, otros por Tívoli, por el monte Arpinum, o la Vía Latina, para reunirse en la residencia de Cromacio, cerca de Capuá.

.
El alma del atravesado Corvino fué terreno fértil para las ideas sembradas en ella por la esclava negra de Fabiola. Después de pensarlas varios días, resolvió hacer amistad con Fulvio.

Se dió cuenta de que detrás del exterior refinado del asiático, se ocultaba un bandido y entonces se atrevió a acercarse a él. Lo hizo un día en los jardines de Pompeyo. Al ver el aspecto grosero de Corvino, Fulvio le dijo despectivamente:

—¿Qué quieres conmigo?

—Que me escuches para mi provecho y tal vez para el tuyo.

—Es posible que te convenga a tí, pero a mí, lo dudo.

—Mira, Fulvio: yo no sé hablar con elegancia, no puedo ser distinguido como tú y no soy tan astuto, pero tenemos el mismo oficio y aspiramos a lo mismo.

Fulvio, asustado, se estremeció al mismo tiempo que se ruborizaba avergonzado. Pero en seguida se repuso y dijo con tono desdeñoso:

—¡Cómo te atreves a decir eso! ¡Pillo! ¿Qué quieres dar a entender?

—Que eres...—dijo Corvino al oído de Fulvio—un espía y delator...

Fulvio, ya desconcertado, le interrumpió:

—¿Cuál es tu nombre y quién eres?

—Soy Corvino, hijo de Tértulo, Prefecto de la ciudad.

En tono más humilde, Fulvio contestó:

—No sigas hablando, que se acercan algunos amigos. Mañana, a la hora del alba, ven disfrazado al primer pórtico de las Termas Novatus y hablaremos con mayor tranquilidad.

Muy satisfecho del primer resultado de su gestión, Corvino regresó a su casa y al otro día se puso las ropas de un esclavo de su padre, para estar en el sitio fijado a la hora exacta. Al cabo de aguardar un rato vió que llegaba Fulvio envuelto en un manto con capuchón y le saludaba en forma cordial:

—Buenos días camarada. Siento haberte hecho esperar con este frío y con esa ropa poco abrigada.



¿Todavía más dinero?

—La verdad es que me hubiera aburrido esperando, a no ser por las curiosas escenas que he visto. Creo que desde antes de mi llegada, ha ido llegando a esa mansión un raro público compuesto por cojos, tullidos, ciegos, ancianos y mancos, entrando a ella por la puerta excusada, mientras por la principal pasaban personajes de otra calidad muy distinta.

—¿De quién es la casa?

—De un viejo patricio muy rico y con fama de avaro, porque no gasta sus riquezas y hace una vida muy retraída. Fíjate, llega más gente.

En efecto, se aproximaba a la casa un anciano encorvado por la edad y los achaques, sostenido por la cieguita Cecilia. Fulvió observó:

—Creí que fuese aquí donde dicen que se reúnen los mendigos, pero estas gentes son muy diferentes de los mendigos del puente Ariciano. Ninguno nos ha pedido nada al pasar junto a nosotros y tienen un aspecto más digno y menos triste, casi alegre. Yo daría algo por aclarar este misterio. ¿Dices que la casa es de un patricio muy rico?

—Así es: inmensamente rico.

—¿Cómo podríamos entrar allí?

—Yo sé cómo. Me sacaré las sandalias y descalzo y cojeando, me uniré al primer grupo que entre.

Los dos traidores se separaron para ir a ocupar sus puestos.

.

Ya sabemos que Pancracio encargó a Sebastián la distribución de las joyas y la plata de su casa, y el tribuno escogió para eso la casa de Inés. La mañana en cuestión había de tener lugar el reparto entre los pobres, que acudían acompañados por los diáconos de los distritos.

Cuando Corvino vió que un grupo de pobres llegaba a la puerta, se unió a ellos y poniendo atención, oyó las palabras que franqueaban la entrada: "Deo Gratias" (Gracias a Dios). Como él las repitiera, penetró sin dificultad.

Vió que junto a una mesa estaban un joyero y un platero que pesaban y tasaban a conciencia el valor de las alhajas.

El hijo del Prefecto miraba ávidamente las riquezas y se sentía tentado de apoderarse de lo que pudiera y escapar, pero se dominó.

Pronto se encontró en situación difícil, porque primeramente los pobres estaban agrupados sin orden alguno, pero después se presentaron varios diáconos jóvenes, que separaron los pobres de los distintos distritos, ya que cada uno de ellos conocía los suyos. Corvino quedó solo en medio del patio, sin saber qué hacer.

El traidor se dió cuenta de que aquello resultaba para él una aventura muy peligrosa si le descubrían. El hijo del Prefecto de la ciudad, autoridad encargada de castigar los delitos contra el derecho doméstico, podía ser descubierto en la casa de un patricio, disfrazado y sin poder dar una excusa para su acción.

Miró Corvino a la puerta, desesperado por escapar, pero la vió custodiada por el anciano Diógenes y sus dos hercúleos hijos, que le miraban con aire ceñudo y desconfiado. Creció su angustia cuando vió que los jóvenes de dalmática hablaban de él. Tembló cuando Reparato se le acercó y le preguntó amablemente:

—Dime, amigo, ¿dónde vives? No debes ser de los grupos convocados hoy...

—Vivo en la Alta Semita—respondió Corvino, de acuerdo con la división civil de Roma, pero no con la eclesiástica.

—Pues la Alta Semita está en mi distrito—repuso Reparato—y yo no recuerdo haberte visto nunca.

De pronto, Corvino se puso lívido, sin poder apartar la vista de una puerta, y se tambaleó. Volvióse Reparato y vió a Pancracio que acudía hacia ellos. Al acercarse, Pancracio rogó a Reparato que le dejara solo con Corvino a quien le dijo bondadosamente:

—¿Cómo es que estás en la miseria, Corvino? ¿No vives más con tu padre? Además, cojeas... ¿Te ocurrió un accidente?

El infame Corvino, al ver que su ex compañero lo acogía con su acostumbrada bondad, respondió con insolencia:

—No te alegres, Pancracio, que no estoy en el caso que crees.

—No tendría por qué alegrarme. No te guardo rencor y si necesitaras ayuda, aunque no tienes

derecho a estar aquí, te llevaré a un lugar apartado donde no te reconocerán.

—Bueno, en ese caso, te diré que entré solo por capricho y deseo salir sin que me molesten.

—Mira, Corvino: tú sabes bien que lo que has hecho es una grave ofensa—replicó Pancraccio con voz severa—y puedes suponer lo que diría tu padre si yo te entregara a esos jóvenes, para que así como estás, disfrazado de mendigo, descalzo y pasando por cojo, te llevaran ante su tribunal en el Foro, acusado públicamente de haber violado la entrada de una morada patricia. Para cualquier romano, es una injuria gravísima.

—¡Pancraccio!... Te suplico por los dioses, ¡por lo que te sea más sagrado!... No me castigues de ese modo, que sería la deshonra para mí y mi familia... ¡Te pediré perdón por mis insultos! No me acuses, Pancraccio...

—Ya te he dicho que aquello no me importa. Pero oye bien esto: todos los que están aquí son testigos de tu delito y si alguna vez hablas de esta reunión o tratas de perjudicar a cualquiera de estas personas, te llevaremos al tribunal de tu padre. ¿Lo entiendes?

—Sí, sí, lo entiendo. Nunca diré una palabra ni revelaré que vine aquí. ¡Te lo juro por!...

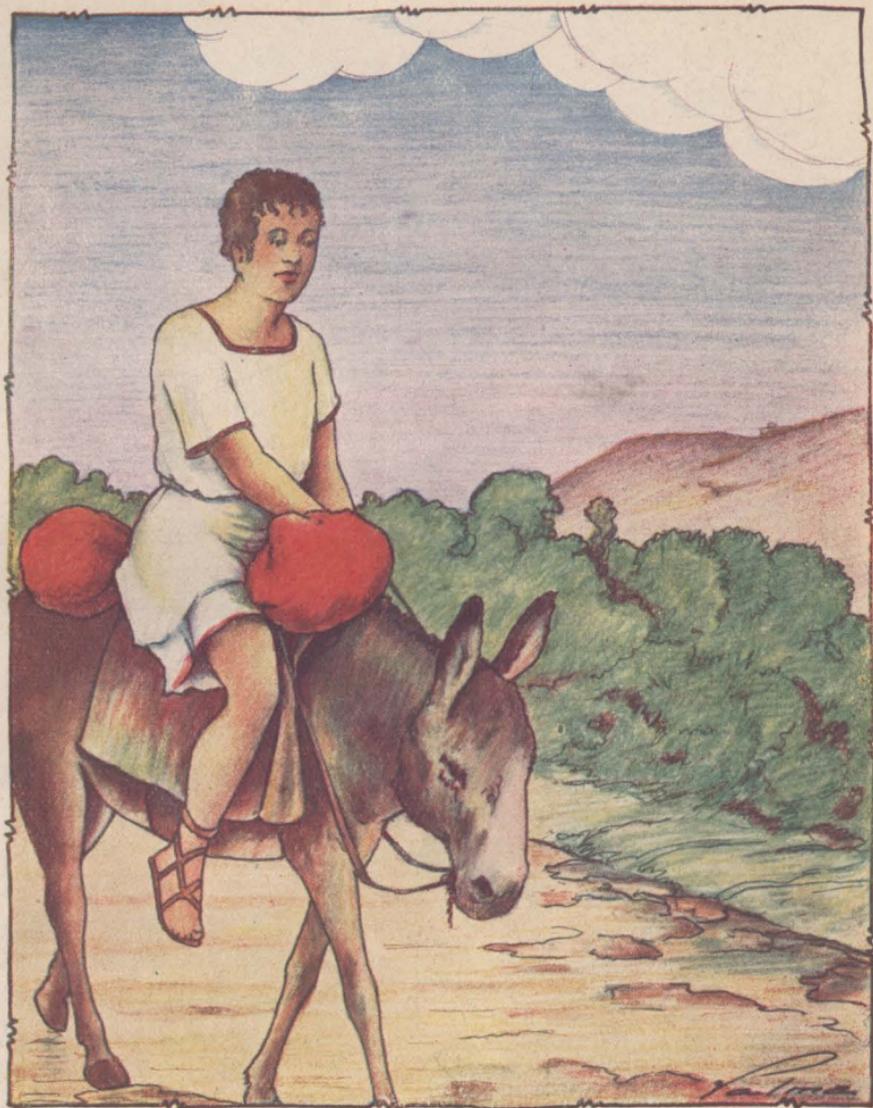
—Calla, que no necesitamos tu juramento.

Y dirigiéndose a los demás, agregó Pancraccio:

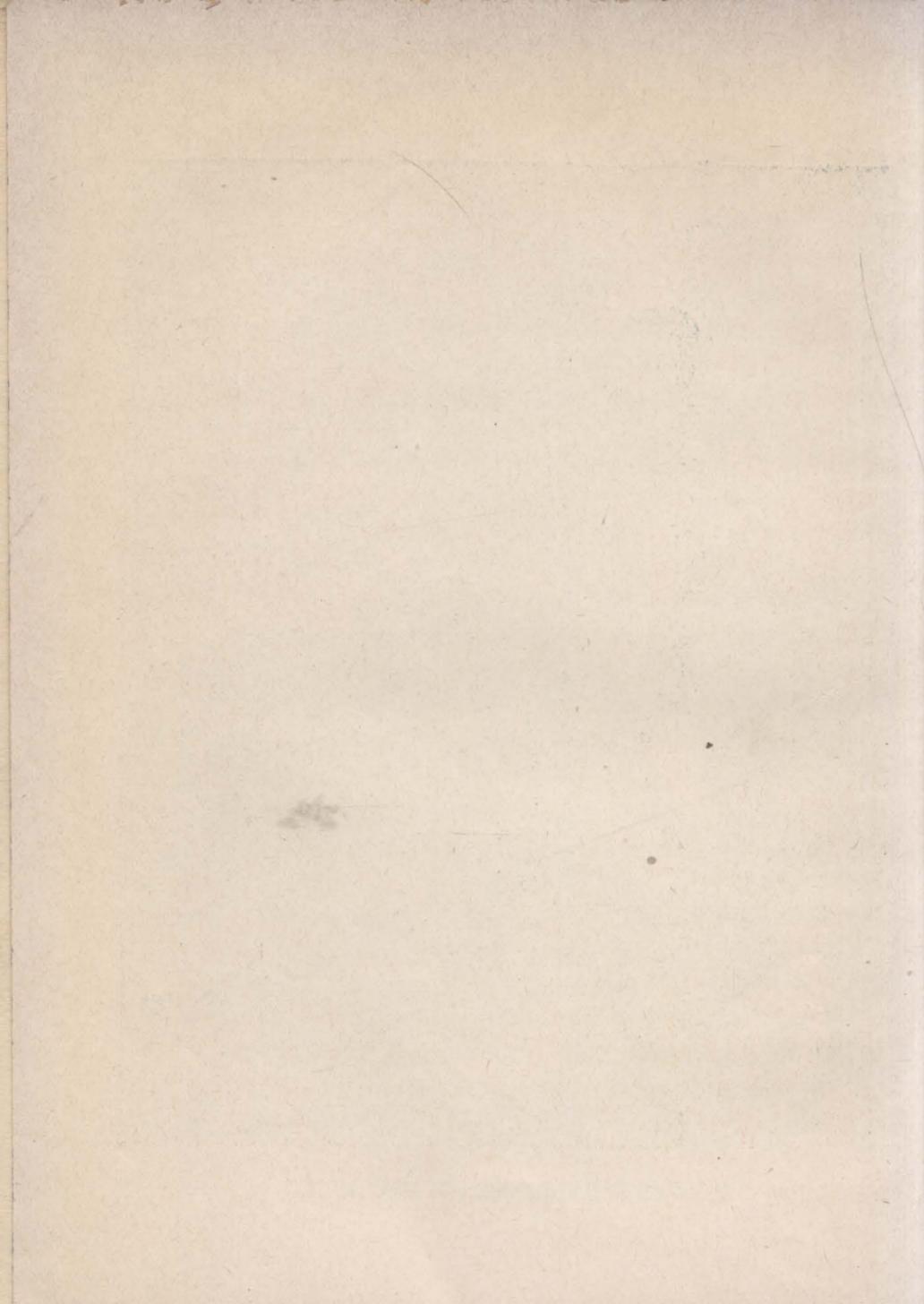
—Yo lo conozco y ha entrado aquí equivocadamente.



Buenos días, camarada.



Y APARTABA SU MENTE DEL JUEGO



En seguida le acompañó hasta la puerta, donde todavía le recordó:

—Corvino, quedamos en paz, pero no olvides tu promesa.

Ahora veamos qué fué de Fulvio. Como en todas las casas romanas, la puerta principal estaba abierta de par en par y en vez del portero se dió con una niña como de doce a trece años, vestida como campesina y de aire inocente. Al verla sola quiso aprovecharse para confirmar lo que sospechaba y le preguntó de pronto:

—¿Quién eres y cómo te llamas?

—Soy la hermana de leche de la noble Inés y me llamo Emerenciana.

—¿Eres cristiana?—interrogó bruscamente, para sorprenderla.

La niña, asombrada, abrió mucho los ojos y contestó tranquila:

—No, señor.

En efecto, la pequeña no sabía ni lo que era el cristianismo, porque su madre acababa de morir y hacía dos días que llegara a Roma. Vió Fulvio la sinceridad de la niña y sin saber qué hacer, quedó perplejo cuando apareció Inés quien al ver al intruso creyó que llegaba con algún mensaje y deteniéndose esperó que él se aproximara.

Fulvio se acercó y con sus modales más corteses le dijo:

—Me adelanté en la hora de las visitas y tal vez sea importuno, pero estaba impaciente por con-

tarme en el número de los afortunados admitidos en la casa de tus padres.

—Nuestra morada no tiene muchos visitantes, porque no buscamos influencia ni poderes.

—Disculpa que te contradiga, pero con semejante dueño y señor, no hay influencia más poderosa, porque sin esfuerzo somete los corazones.

A estas palabras, que Inés no supuso una alusión a ella, respondió con ingenuidad:

—Es verdad, el Señor de esta casa reina sobre los sentimientos de cuantos la habitan.

Fulvio quedó un poco desconcertado, pero en seguida insistió:

—Me refiero a tí, noble Inés.

Y en seguida se puso de rodillas, tratando de tomar de la mano a Inés, la que retrocedió indignada. En ese preciso momento apareció Sebastián en busca de Inés y al ver la escena mostró un rostro indignado. Fulvio se puso rápidamente de pie, mientras Inés decía:

—Tranquilízate, Sebastián, que este hombre entró aquí por error y se marchará en seguida—dijo Inés, adentrándose en la casa en tanto que Sebastián preguntaba a Fulvio:

—Fulvio... ¿Qué haces aquí? ¿Para qué has venido?...

—Pienso—contestó el asiático, tratando de serenarse—que tengo tanto derecho como tú a visitar la casa de Inés, porque la hora que es buena para un tribuno, lo es también para un patricio.

—Cuida tus palabras, Fulvio—replicó Sebas-



Dime, amigo, ¿dónde vives?

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

tián,—y ya que no bastó la despedida de la noble joven a quien ofendiste, no me obligues a hacerte obedecer su orden.

Tomó el militar a Fulvio de un brazo y le llevó hasta la puerta, empujándole fuera, mientras le decía:

—Vete, y no olvides que acabas de infringir las leyes del Estado. Podría hacerte imponer un serio castigo, pero te lo evitaré a cambio de tu discreción en todo lo que toca a esta morada.





IV

Fabiola se había trasladado a su villa situada en la falda de una colina que domina la bahía de Gaeta, al día siguiente de la conversación de Afra con Corvino.

Cuando al otro día del banquete supo por Inés que Syra se negaba a separarse de ella a cambio de su libertad, no tuvo límites su asombro. De a poco, su corazón se fué dejando ganar por Syra y ya no creyó imposible amar a una esclava.

Una mañana, hablando sobre las faltas cometidas con el pensamiento, cosa que Fabiola no comprendía, Syra fué tan elocuente en una inspirada disertación sobre Dios, que todo lo ve y que juzga todos nuestros actos, que la joven patricia se conmovió y luego de quedar reflexionando un momento, alzó la cabeza y dijo sinceramente:

—Tus teorías, Syra, son muy hermosas y admirables, aunque no fuesen ciertas. No he logrado

alcanzar el límite de tus revelaciones tan interesantes. Creo que puedo aprender de tí mucho más, pero hoy abriste a mi mente un nuevo mundo y una nueva vida. Ahora se me aclaró una cosa: la igualdad de los seres ante el Ser Supremo de que me hablas, y cuya idea me hizo enfurecer tanto en cierta ocasión, ¿lo recuerdas?

—No, señora. Y te ruego que nunca más hablemos de ello—dijo Syra emocionada porque veía cómo el alma de Fabiola se iba abriendo a la Verdad gracias a su esfuerzo, y se echó a los pies de su ama y le besó una mano, pero la patricia olvidando su orgullo, abrazó a la esclava llorando dulcemente.

—Tú me has definido—dijo Fabiola todavía—el sentido de la responsabilidad de los actos y los pensamientos, y veo que tu vida se ajusta a ella. Veo que tus palabras encierran verdad, a pesar de que yo todavía no la comprenda del todo.

—Señora—contestó la asiática—afirmo que todo cuanto te he dicho es verdad pura.

—Ahora no puedo seguir esta conversación, Syra, necesito reposo.

.

Fabiola distinguía desde niña con su cariño a Cromacio, el ex Prefecto, vecino suyo en el campo y deseaba visitarle en su finca. Habían llegado a sus oídos curiosos rumores sobre el anciano. Se decía que había dado libertad a todos sus esclavos y que estos quisieron quedarse a vivir con él. Que había aumentado el número de sus hués-

pedes ese estío, pero que en su casa se habían suprimido las diversiones, a pesar de lo cual aquella gente vivía alegre y en paz. La verdad era que Cromacio, luego de su conversión y renuncia de su cargo imperial, se retiró a la finca con algunos de los convertidos por Sebastián y el sacerdote Policarpo, encargado de instruirlos, cosa que Fabiola, naturalmente, ignoraba.

Muy temprano salió Fabiola al día siguiente en un ligero vehículo en dirección a la casa de Cromacio. Notó Fabiola que algo raro tenía la morada del ex Prefecto, algo diferente de antes. Y en cuanto entró se dió cuenta de qué era. La propiedad se llamaba "Ad Estatuas" por las muchas que había, pero ahora sus pedestales y nichos estaban vacíos, dejando sin sentido el nombre de la villa.

El anciano le preguntó por la salud de Fabio y por su proyecto de viaje al Asia, y le propuso pasear por los jardines, que estaban tan bien cultivados como siempre y llenos de bellas flores.

Llegaron a una gruta adornada por una fuente que antes estuvo llena de ninfas y náyades, pero ahora no tenía más que el espejo de sus aguas, y Fabiola no pudo contenerse y preguntó a Cromacio:

—Dime, Cromacio... ¿Qué te impulsó a deshacerte de tus hermosas estátuas, quitando así el principal ornato de tu villa?

—No me censures, querida hija mía y dime

para qué servían todos aquellos personajes de piedra.

—Ya veo que no los estimabas mucho, aunque otros los adoran, pero... ¿Qué hiciste de ellos?

—Te diré la verdad: cayeron todos bajo los golpes del martillo.

—¡Pero no te reconozco! ¡Te convertiste en un vándalo! ¡Tú, el sabio juez famoso por su cordura! ¿Por qué hiciste eso?

—Cuando uno se hace viejo, se llega a sabio. Al final de mi jornada, me convencí de que el señor Júpiter y Juno, la noble matrona, son tan dioses como tú y como yo.

—No me extraña esa idea, pues yo pienso lo mismo, pero pudiste haberlos conservado como obras de arte.

—¡Ah, no! Aquí estaban instalados en calidad de divinidades, siendo unos impostores, y si los hubiera vendido, habrían seguido su farsa en otro lugar cualquiera.

—En ese caso, para ser verídico, no podrás seguir llamando a esta casa Villa de las Estátuas, puesto que ya no las hay.

—Justamente. Habrás visto que hice plantar numerosas palmeras y en cuanto éstas crezcan un poco, llamaré a la propiedad Villa de las Palmas.

—Lindo nombre. Y, hablando de otra cosa, ¿sabes Cromacio que circulan acerca de tí raros rumores?

—¿Sí? ¿De qué se me acusa?



Se echó a los pies de su señora.

—Dicen que en tu casa viven gentes a las que nadie conoce y que no se tratan con nadie, viviendo aquí como en una especie de República de Platón.

—Les quedo muy reconocido—dijo Cromacio riendo y haciendo un saludo.

—También dicen que se levantan muy temprano, que no tenéis diversiones y que vuestros alimentos son tan escasos que por poco pasáis hambre.

—Por lo menos creerán que no debemos nada al panadero y que pagamos lo poco que comemos, ¿eh?

—¡Ah! sí. De eso no han dicho nada, claro.

—¡Esa bondad del mundo me reconcilia con él!

—exclamó Cromacio con excelente buen humor.

—Dime, en realidad, ¿cuál es vuestra vida?

—Es sencillísima y nos dedicamos a cultivar nuestro espíritu. Las primeras horas se dedican a los deberes religiosos, y luego cada uno trabaja en algo que le agrade. Más tarde cantamos himnos de santidad, leemos obras instructivas o escuchamos a un buen orador. Nuestras comidas son frugales porque comemos solo legumbres, pero has de saber que la alegría no está reñida con las lentejas y para una buena digestión no son indispensables los faisanes.

—Pues vives como un auténtico pitagórico. Creía que ese sistema era económico, pero anticuado.

—¿Con que te burlas de mí? Eres capaz de

suponer que vivimos así por tacañería, pero verás que no es verdad porque pensamos este invierno suprimir los pobres. ¡Nada menos! Lo que por un lado economicemos, se empleará por otro, porque vestiremos a los harapientos y daremos comida a los hambrientos, además de cuidar a los enfermos.

—Bien, pero no te ofendas si repito lo que también se dice: que seguramente es esta una reunión de cristianos. Cuando lo oí me indigné y lo desmentí rotundamente.

—Pero, hija mía, ¿por qué te indignaste tan fácilmente?

Porque os conozco bien a todos: a ti, a Tiburcio, Nicóstrato y a nuestra querida muda Zoé, para suponer que hayáis adoptado esa doctrina tan baja y absurda.

—Claro que te habrás tomado el trabajo de leer alguna obra escrita por cristianos, para enterarte de las creencias de esa pobre religión perseguida. . .

—No. Mi tiempo vale más. No se me ha ocurrido estudiar a esa gente, porque es enemiga de todo progreso intelectual y crédula hasta el extremo, a la cual, además, se le acusa de muchos crímenes.

—Querida hija, así pensaba yo en otro tiempo. Pero ahora mi juicio es otro.

—Es curioso, porque como Prefecto habrás castigado a alguno de esos enemigos de nuestras leyes.

Pero esas palabras de Fabiola entristecieron el rostro del anciano, cuyos ojos se llenaron de lágrimas. La joven, apenada, le dijo en seguida con cariño:

—Perdóname Cromacio si te hice recordar cosas que por tu corazón bondadoso han de serte dolorosas. Y hablemos ahora de otra cosa: ¿Conoces a alguien que pueda salir en seguida para Roma? Estoy inquieta por mi padre y deseo escribirle para rogarle que no haga esta vez como otras, en que para ahorrarme la despedida se marchó sin verme.

—Justamente, mañana mismo mandamos a Roma un emisario, que saldrá a primera hora. Vamos a la biblioteca; allí le encontraremos y podrás escribir.

Cuando entraron, estaba sentado junto a una mesa un joven que escribía un manuscrito.

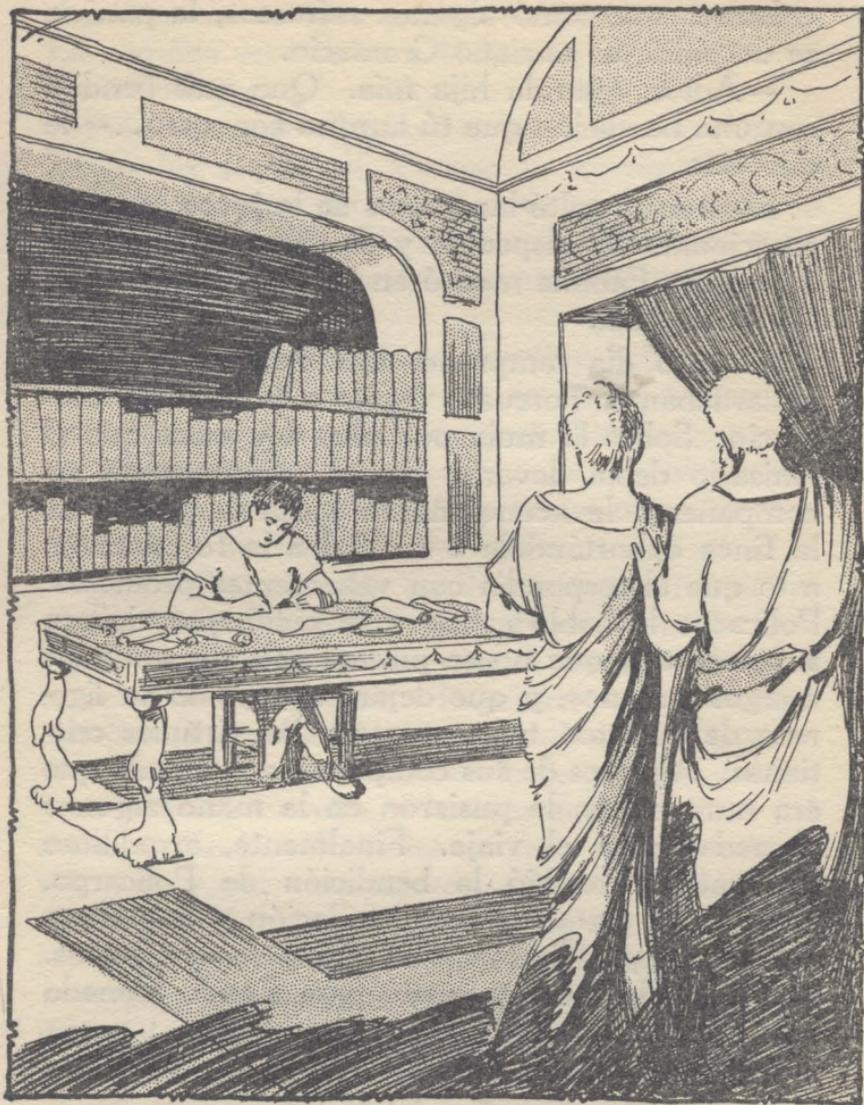
—Torcuato—dijo Cromacio—. Debo encargarte otra misión. Esta señora tiene que mandar a Roma un escrito para su padre.

—Tendré mucho placer en servir a la noble Fabiola y a su ilustre padre.

—¿Les conoces?

—Cuando era todavía jovencito, tuve el honor de servir con mi padre al patricio Fabio, en Asia. Dejé su servicio porque me enfermé.

Cromacio facilitó a Fabiola una hoja de pergamino, tinta y un estilo de caña. La joven escribió su carta, la enrolló, atándola con un cordón, sobre el que puso su sello con cera.



Un joven que escribía un manuscrito.

Luego que tomó algunos refrescos, la patricia se despidió del anciano Cromacio.

—Adiós, querida hija mía. Que seas bendita con una bendición que tú aun no conoces. . .—le dijo éste.

El anciano soltó las manos de la joven, a quien emocionara la despedida y se entró rápidamente a la casa. Fabiola montó en su carruaje que partió en seguida.

Al otro día temprano, una mula y un guía aguardaban a Torcuato frente a la casa de Cromacio. Sobre la mula pusieron dos sacos que el emisario debía llevar a Roma. Algunos de los compañeros le acompañaron hasta la puerta de la finca exhortándole a ser fiel a la fe cristiana, a lo que él respondía con vehementes promesas. Policarpo le habló aparte y le pidió que vigilara sus defectos, que no se juntara con sus antiguos amigos paganos, y que dejara a un lado su ligereza de carácter, tan opuesta a las virtudes cristianas. Algunos de sus compañeros, sabiendo que era muy pobre, le pusieron en la mano algunas monedas para el viaje. Finalmente, arrodillóse Torcuato y recibió la bendición de Policarpo. Guardó las cartas de recomendación y una suma de dinero que Cromacio le dió para sus gastos. Montó en la mula y partió para Fundi, llamado hoy Fondei.

Mientras recorría el pintoresco camino, Torcuato pensaba en una sala de las Termas donde resonaba el ruido de los dados, antes frecuentada

por él y su antigua pasión le hacía estremecer. En seguida recordaba a Policarpo y apartaba su mente del juego.

Poco después llegaba a la aldea de Fundi. Tomó las cartas de Cromacio, averiguó dónde quedaba la casa del maestro de escuela Casiano y se presentó a él. El maestro de Pancracio y de Corvino le recibió cariñosamente y le sentó a su mesa.

Casiano era natural de Fundi y había cerrado su escuela de Roma porque se corrió la voz de que era cristiano y de que pronto habría una nueva persecución. Se marchó a su pueblo y allí abrió una escuela teniendo la promesa de sus convecinos de enviarle sus hijos.

Como Casiano veía en Torcuato un hermano, se confió en él abiertamente. El emisario de Cromacio se despidió pronto con el pretexto de tener asuntos que despachar y lo primero que hizo fué alquilar dos caballos y un conductor. Durante toda la noche viajó, cambiando de caballos a cada posada hasta Bovella, a la vera de las colinas del Albano. En Bovella descansó unas horas y adquirió otras ropas más lujosas, dejando su traje de camino, y siguió viaje por la vía de las tumbas hasta las puertas de la capital del Imperio.

Cuando Torcuato se presentó en casa de Fabio, iba elegantemente vestido. Le dió el mensaje de su hija, contestó a sus preguntas y aceptó la invitación a cenar del patricio.

Fabio reunió fácilmente para esa noche un gru-

po de comensales y cuando volvía desde los baños de Tito, vió a dos personas que dialogaban con animación. Como reconoció a uno de ellos, esperó que terminaran su conversación, que era la siguiente:

—¿Es verdad eso que me dices?

—Completamente. El pueblo se sublevó en Nicodemia, y quemó la iglesia de los cristianos, que así llaman a su templo. El secretario del emperador se lo dijo esta mañana a mi padre.

—Bueno, tendremos ocasión de lograr algún provecho y prestigio, organizando la caza de esa gente.

Como quedaran callados, Fabio se aproximó diciendo:

—¡Hola, amigo Fulvio! Hace mucho que no te veo por mi casa. Ven a cenar conmigo. Y espero que tu amigo será también de los nuestros.

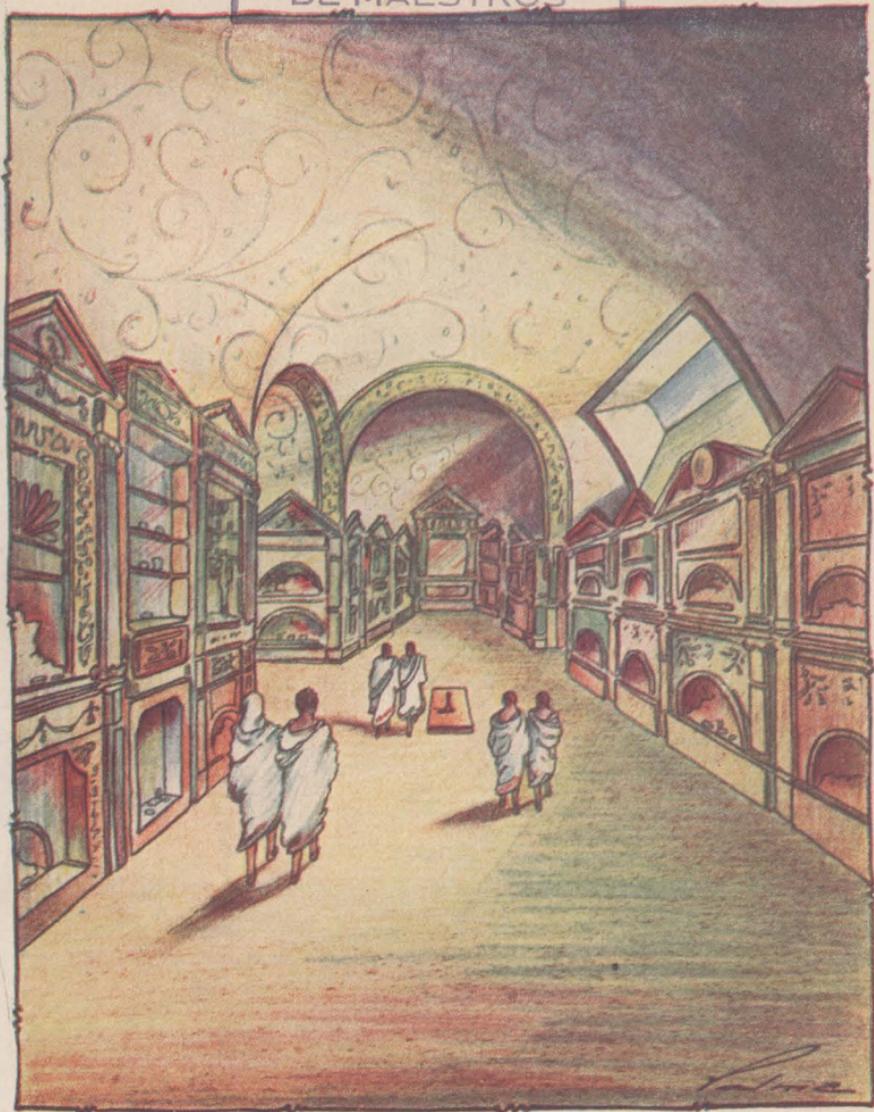
Corvino saludó en forma desgarrada y Fulvio respondió:

—Mira, Fabio: yo no puedo ir ahora mismo, pero pronto llegaré a tu casa. Corvino puede acompañarte. Yo iré en seguida.

El banquete fué exquisito, y tan copiosamente regado por los vinos más delicados, que al terminar todos estaban bastante mareados por sus vapores, menos Fulvio que conservaba siempre su sangre fría para atender mejor su labor de espionaje.

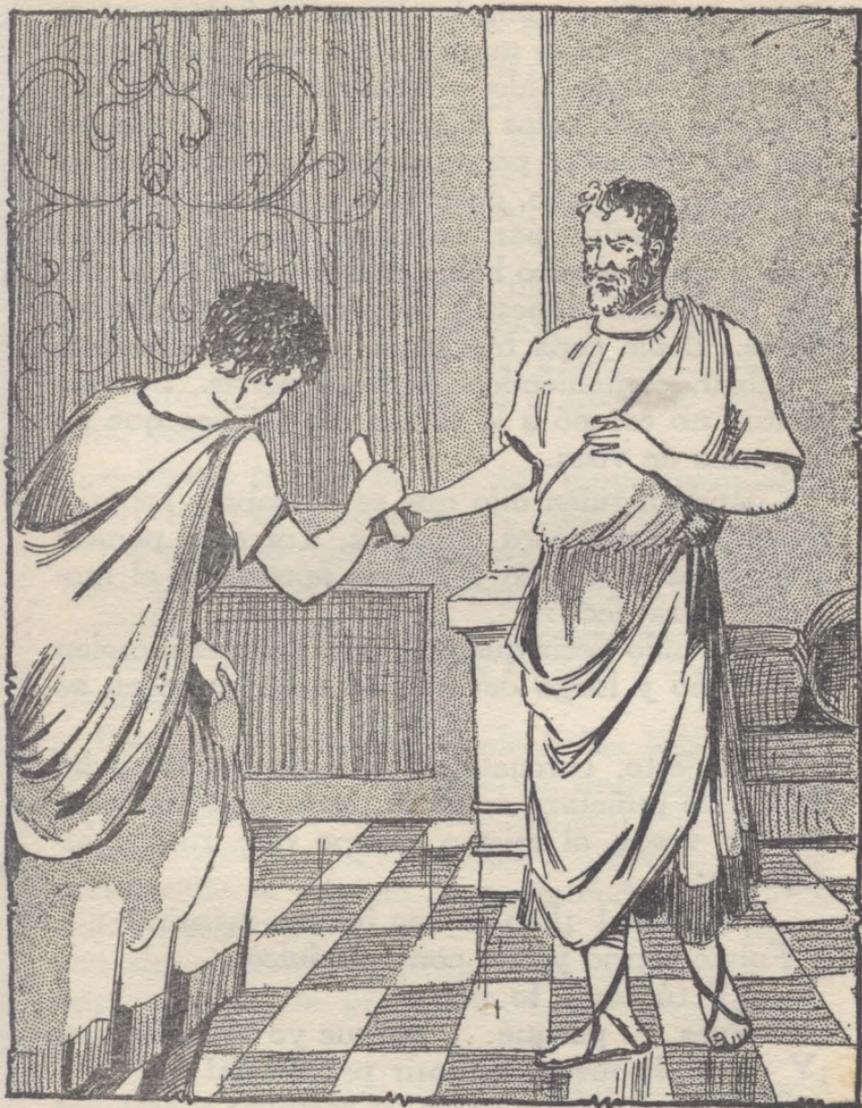
De los presentes en el banquete, ninguno quería a los cristianos y todos los atacaban. Unos los

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



SALIERON POR LA VIA APIA

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Le dió un mensaje de su hija.

creían un peligro para las leyes del Estado, otros los odiaban porque aumentaban de número, algunos que habían oído calumnias censuraban sus prácticas, pero todos llegaban a la conclusión de que era menester perseguirlos despiadadamente.

Fulvio, tranquilo, observaba a todos y su atención fué atraída por Torcuato que no hablaba pero a quien el vino había excitado en forma visible. Golpeaba la mesa y deshacía el pan entre los dedos. Bebía copa tras copa y parecía dispuesto a hablar, conteniéndose a duras penas. Su rara actitud no escapó a la viveza del asiático que no le perdía de vista.

Cuando alguien dijo que se acusaba a los cristianos de espantosos crímenes, Torcuato parecía estar en el tormento y Fulvio aprovechó el momento para decir:

—He oído decir que en sus reuniones inmolan a un niño y luego devoran su carne y beben su sangre.

Al oír esto, Torcuato no pudo contenerse y dió un fuerte puñetazo sobre la mesa, que hizo chocar los vasos, al mismo tiempo que gritaba indignado:

—¡Mienten! ¡Eso es una infame mentira!

Fulvio sonrió y dijo con voz dulce:

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Pues... porque... porque yo soy cristiano.
¡Y estoy dispuesto a morir por mi fe!

Todos quedaron mudos de asombro y agitados por disintos sentimientos. Fabio se sentía mortí-

ficado por haber invitado a semejante comensal. Calpurnio estaba furioso por encontrarse con alguien que supiera de los cristianos más que él. Corvino disfrutaba al ver a una víctima caída en la trampa y pensaba que podía hacerla torturar en el potro cuando lo quisiera. Pero Fulvio estaba muy contento.

Los invitados de Fabio se marcharon, como huyendo del desdichado Torcuato. Fulvio dijo algo al oído de Fabio y de Corvino y después se acercó al indiscreto y tomándole de la mano le dijo con tono pesaroso:

—Siento mucho lo que dije inoportunamente, provocando tu confesión, que puede ser peligrosa.

—No tengo miedo a nada—respondió Torcuato—, seguiré fiel a mi religión hasta la muerte.

—¡Calla! Que podría oírte algún esclavo y delatarte. Pasemos a la otra cámara y hablaremos tranquilamente.

Pasaron a otra sala, donde Fabio había hecho llevar vasos y vinos de Falerno, muy alcohólicos, que los romanos acostumbraban servir al final de sus banquetes. Fulvio llamó a Corvino. Sobre otra mesita se veía un juego de dados. Sirvió el asiático más vino a su víctima y tomó los dados con aire distraído, mientras hablaba de cosas sin importancia. De pronto, echó un buen punto, y exclamó:

—¡Por dos dioses! ¡Qué punto! Si hubiéseis estado jugando conmigo os ganaba todo. ¿Quieres tirar tú, Torcuato?

El infeliz tomó el cubilete con intención de no jugar, pero sus ojos brillaban y las manos se le agitaron, despertándose en él su vieja pasión. Hemos de decir que cuando Sebastián le convirtió en la prisión, sufría ésta a causa del juego.

—Tal vez—insistió Fulvio—no seas más afortunado que yo en este tonto pasatiempo, pero si quieres probar con Corvino, quizá él te traiga suerte, apuesta algo con él...—e hizo una seña a Corvino.

—Bueno, apostaré algo—respondió el incauto—, pero será poco y por distraerme solamente, porque hace tiempo que abandoné el juego para siempre.

—Entonces, probaremos—dijo Corvino.

Empezaron por jugar sumas pequeñas que casi siempre ganaba Torcuato, al mismo tiempo que seguía bebiendo, porque Fulvio le llenaba su copa a cada momento. La lengua se le iba soltando y hablando como consigo mismo, murmuró:

—Corvino... Corvino... creo que ese fué el nombre que pronunció Casiano. Eso es... sí. El condiscípulo bárbaro y salvaje que agredió a ese joven tan amable que se llama Pancracio...

Al oír esos nombres, Corvino sintió que se abandonaba a la ira, pero Fulvio lo contuvo y preguntó:

—Ya recuerdo quien es ese Casiano. ¿No se trata de un profesor famoso? ¿Dónde vive?

—Vive en... a ver si me acuerdo... ¡Ah, pero no!... No soy un traidor y estoy dispuesto

a morir por mi religión. Prefiero la tortura a la traición.

—Cédeme tu asiento, Corvino—dijo Fulvio.

Hizo que Torcuato concentrase su atención en el juego, cada vez más fuerte. Fulvio ganaba, sin contar con que estaba sereno y Torcuato embriagado. Este iba sacando de la bolsa sumas a cada momento mayores, hasta que de pronto, cegado por el juego, puso el resto con bolsa y todo sobre la mesa. Fulvio contó el dinero que tenía y colocó enfrente monedas de oro por una suma igual.

Tiró Torcuato y en seguida Fulvio. Los dos miraron ávidamente los dados y luego Fulvio, que ganó, recogió todo para sí, silenciosamente. Torcuato cayó sobre la mesa con la cabeza entre las manos. El espía hizo señas a Corvino para que saliera de la habitación. Cuando salió, murmuró al oído del borracho:

—Si eres cristiano, te has deshonrado y vendiste a los tuyos. Te rechazarán sin esperanza. . .

—No. . . Me perdonarán. Volveré con ellos.

—Estás perdido para siempre. Te matarán por cristiano, pero no como mártir. Sufrirás una muerte espantosa; morirás destrozado por las fieras. Yo puedo dar cuenta a los tuyos de que les traicionaste y entregarte al bestia de Corvino que aguarda ahí fuera y te llevará al tribunal de su padre.

Torcuato, desesperado, sacudía la cabeza. El otro insistía:

—Decídete. Escoge entre obedecerme o ir a

manos del Prefecto. Si me hacer caso, tendrás todo lo que quieras, hasta una casa y dinero.

—¿Y qué quieres hacer conmigo? ¿Un traidor?

—Llámale como se te ocurra, que eso no importa.

¿—Qué es lo que deberé hacer?

—Nada, mañana te levantarás como siempre y como cristiano volverás con los tuyos, como si no hubiere pasado nada. O haces eso, o morirás a fuego lento. Mira que Corvino se impacienta en el atrio...

—No. No quiero morir... cualquier cosa antes que eso.

Salió Fulvio y halló a Corvino furioso por sus odios y el vino, ardiendo en sus viejos deseos de venganza contra Casiano y Pancracio. Mucho le costó calmarlo, prometiéndole por fin descubrir su paradero. Cuando entró, Torcuato estaba caído y hubo de ayudarle para echarse sobre un lecho.





V

En un anochecer frío y oscuro del mes de octubre, recorría las calles de la Suburra, distrito miserable de vías tortuosas y sucias, nuestro conocido el joven Pancracio. Andaba dando vueltas sin dar con la casa que buscaba, hasta que resolvió llamar a la que tenía aspecto más decente, en la calle menos sucia; y acertó, porque salió a recibirle un anciano que ya vimos en casa de Inés cuando el reparto, donde cuidaba la puerta con sus hijos.

En cuanto a los hijos, Mayo y Severo, que vivían con él, eran dos espléndidos atletas. Cuando entró Pancracio, el primero estaba grabando toscamente en mármol un epitafio en el que la gramática flaqueaba y no escaseaban las faltas de ortografía. Severo estaba tratando de representar a Jonás tragado por la ballena y a Lázaro resucitado. Hacía el boceto con carbón, proyectando alguna pintura. Por su parte, Diógenes se ocupaba en poner mango nuevo a una azada.

Pancracio no se asombró al ver tan distintas ocupaciones en la familia, porque sabía que eran fosores, honorable corporación, especie de suborden eclesiástica, afiliada y reconocida por la Iglesia. Los fosores se ocupaban de todos los menesteres del enterramiento.

Luego de cambiar algunas frases de saludo y otras relacionadas con los trabajos de los tres hombres, dijo Pancracio:

—Me trae aquí un encargo para tí, Diógenes, y un favor que quiero pedirte. Mañana al amanecer, tienes que ir a mi casa para tratar asuntos de los cementerios, porque según parece se acerca otra persecución. Allí estará nuestro Santo Padre, con los sacerdotes, diáconos y archiveros; también es precisa la presencia del jefe de los fosores —ese era el cargo de Diógenes— para ordenar la preparación de las tumbas.

—Perfectamente, no faltaré. ¿Y el favor de que hablaste?

—Es que aunque yo he visitado nuestros cementerios, nunca lo hice detenidamente y como tú los conoces tan bien, deseo hacerlo contigo.

—Te acompañaré a gusto. En cuanto me des instrucciones comenzaré por el cementerio de Calixto. No tendrás más que esperarme poco antes de que medie el día en la Porta Capena y bajaremos juntos.

—No he de ir solo, porque dos jóvenes recién

bautizados quieren hacer la peregrinación e irán conmigo.

—Tus amigos serán bien recibidos.

.

Marcaba el mediodía la sombra del cuadrante solar de Porta Capena, cuando apareció en el lugar Diógenes acompañado de sus dos hijos, reuniéndose a ellos los tres jóvenes que ya estaban esperando. Salieron por la Vía Apia de a dos y cuando habían andado unas dos millas, se internaron por diferentes rutas entre las tumbas y fueron a encontrarse en una villa donde recogieron lo necesario para bajar a los cementerios subterráneos, ante todo lámparas.

Como eran tres visitantes y tres guías, Severo propuso que cada uno de ellos se dedicara a una de las visitas, y él se adjudicó a Torcuato, para no perderle de vista porque seguía desconfiando de él.

Las catacumbas estaban constituídas por pasajes estrechos, salas e iglesias. Los pasajes o galerías forman una intrincada red que se entrecruza y por la cual no es posible aventurarse sin un guía experto, porque es muy fácil perderse. Las galerías de que hablamos, se utilizaban no sólo como pasadizos sino también como cementerios y las paredes están llenas de tumbas o nichos, cerradas con losas de mármol o con ladrillos y cemento.

Diógenes iba explicando cómo eran las catacumbas mientras andaban provistos de lámparas,

por una prolongada galería cruzada por numerosos pasajes estrechos. Por fin el anciano dobló a la derecha y entonces Torcuato preguntó mientras miraba a su alrededor con mucha atención:

—Digo yo... ¿cuántas galerías laterales hemos pasado?

—Muchas—respondió secamente Severo.

—Pero, más o menos... ¿cuántas te parecen? ¿Diez... o veinte?

—Han de ser más bien más que menos. Nunca las conté.

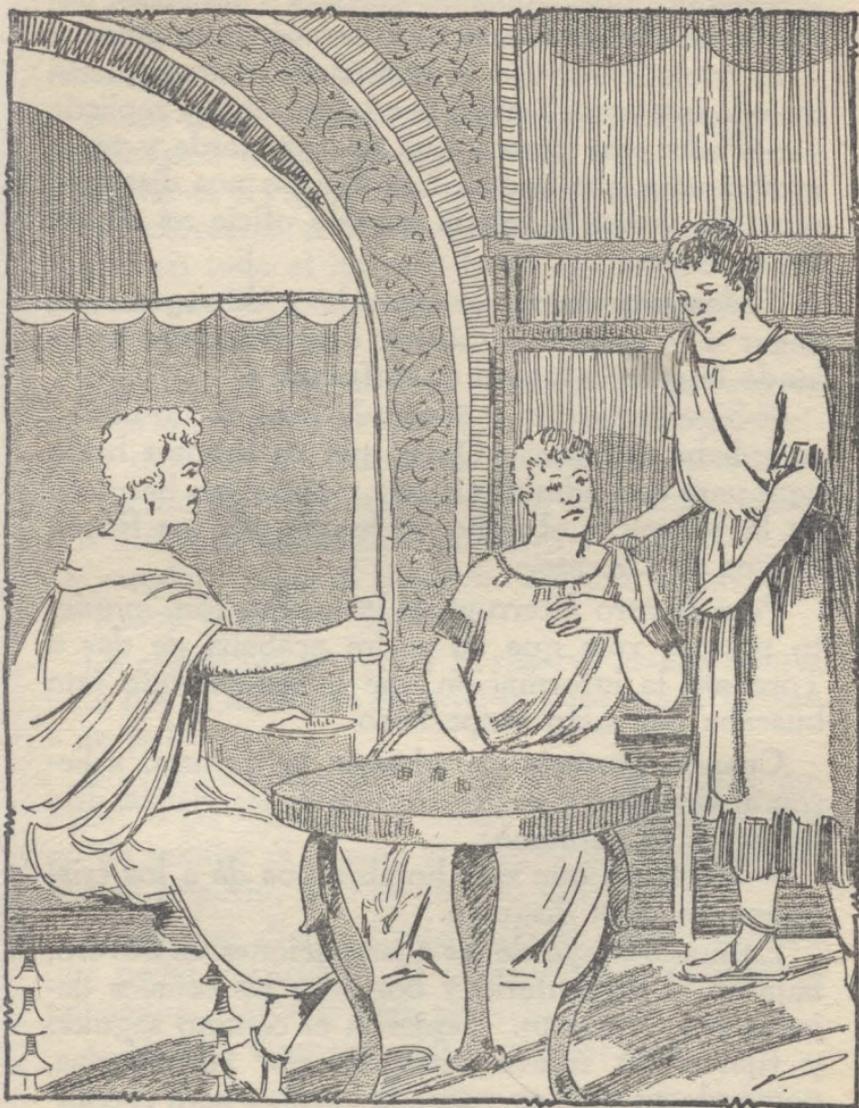
Siempre detenido, Torcuato, que ya había calculado cuántas galerías atravesaran, pero deseaba una confirmación de su cálculo, insistió:

—¿Cómo podéis conocer el sitio en que hay que cambiar de dirección? ¡Oh! ¿Qué es eso?— Y con estas palabras se acercó al muro como para observar algo, pero Severo vió que hacía una marca en la pared.

—Ese nicho—le contestó—es para colocar una lámpara. En cada ángulo de las galerías hay uno igual. No necesitamos señales para guiarnos porque conocemos esto como tú las calles de la ciudad. Pero sigamos porque nos hemos separado mucho de los otros y podemos perdernos de ellos.

Torcuato no repitió sus preguntas y siguió andando junto a su guía, pero trataba de recordar los detalles que veía en las paredes, deteniéndose a cada momento. Severo le observaba atentamente.

Luego Torcuato se dirigió a Diógenes y dijo:



Entonces, probemos—dijo Corvino.

—Ahora que vimos las galerías y las salas, desearía ver la iglesia en que hemos de reunirnos.

El viejo fosor iba a enseñarle lo que quería cuando intervino Severo prudentemente y replicó:

—Padre, me parece que es muy tarde y tenemos mucho que hacer. Los amigos nos disculparán. Ya verán la iglesia cuando oficie en ella el Santo Padre.

Todos estuvieron de acuerdo y de regreso, al llegar a la galería principal, dijo Diógenes señalando la galería lateral de enfrente:

—Siguiendo ésta y tomando para la izquierda, se hallaba la iglesia. Quise que viniéramos hasta aquí para que admirárais esta pintura tan hermosa de la Virgen y el Niño, rodeados por los Reyes Magos de Oriente.

Pero Severo interrumpió la explicación, inquieto porque veía que su padre acababa de dar a Torcuato la información que evidentemente éste buscaba con afán sospechoso.

Cuando después de admirar la pintura, salieron al aire libre y se despidieron de las visitas, dijo Severo a su hermano:

—Me temo que este hombre nos dé a los cristianos un gran disgusto.

Enterado Mayo de las observaciones de Severo, bajaron al cementerio y borraron las señales dejadas por Torcuato. Tapiaron el camino seguido y fijaron un nuevo itinerario por las galerías, poniendo en otra encrucijada la señal para el cambio de dirección. Utilizaron para su trabajo la tie-

rra sacada de una excavación reciente. Quedaron también en avisar a los fieles el cambio operado en el camino subterráneo.

Maximiano estaba impaciente por comenzar la persecución a los cristianos, que esta vez debía llegar hasta el exterminio total si era posible. Pero dicha persecución había de iniciarse simultáneamente en todo el imperio hasta en las provincias más apartadas, por lo que el edicto preparado se guardó en el mayor secreto.

Convocó el sanguinario tirano en su palacio de Letrán a los prefectos de España, las Galias, Sicilia y toda Italia, además de destacados sacerdotes de diferentes regiones, había en la reunión algunos filósofos destacados, oradores y consejeros del emperador. Asistía también Tértulo el prefecto de Roma y su hijo Corvino.

La sesión era secreta y la reserva estaba asegurada por la amenaza de muerte para quien faltase a su palabra.

Maximiano, sentado en un trono de marfil, escuchaba las acusaciones contra los cristianos y luego de señalar él mismo el peligro que representaban al imperio, dijo de pronto a Tértulo:

—Me has dicho, Prefecto, que tenías alguien que podía encargarse de descubrir a los traidores cristianos. ¿Dónde está y quién es?

—Mi hijo Corvino, señor, y aquí está.

Hizo Tértulo que el joven se acercase al trono y se arrodillara ante el tirano. Cuando Maxi-

miano vió al candidato, se rió groseramente y exclamó:

—Creo que harás carrera en el oficio. No sabía, Tértulo, que tuvieras un hijo tan feo. Parece especial para lo que lo necesito. Lleva marcados en su cara todos los peores instintos.

Corvino, rabioso, avergonzado y lleno de miedo al mismo tiempo, escuchaba al emperador, que proseguía:

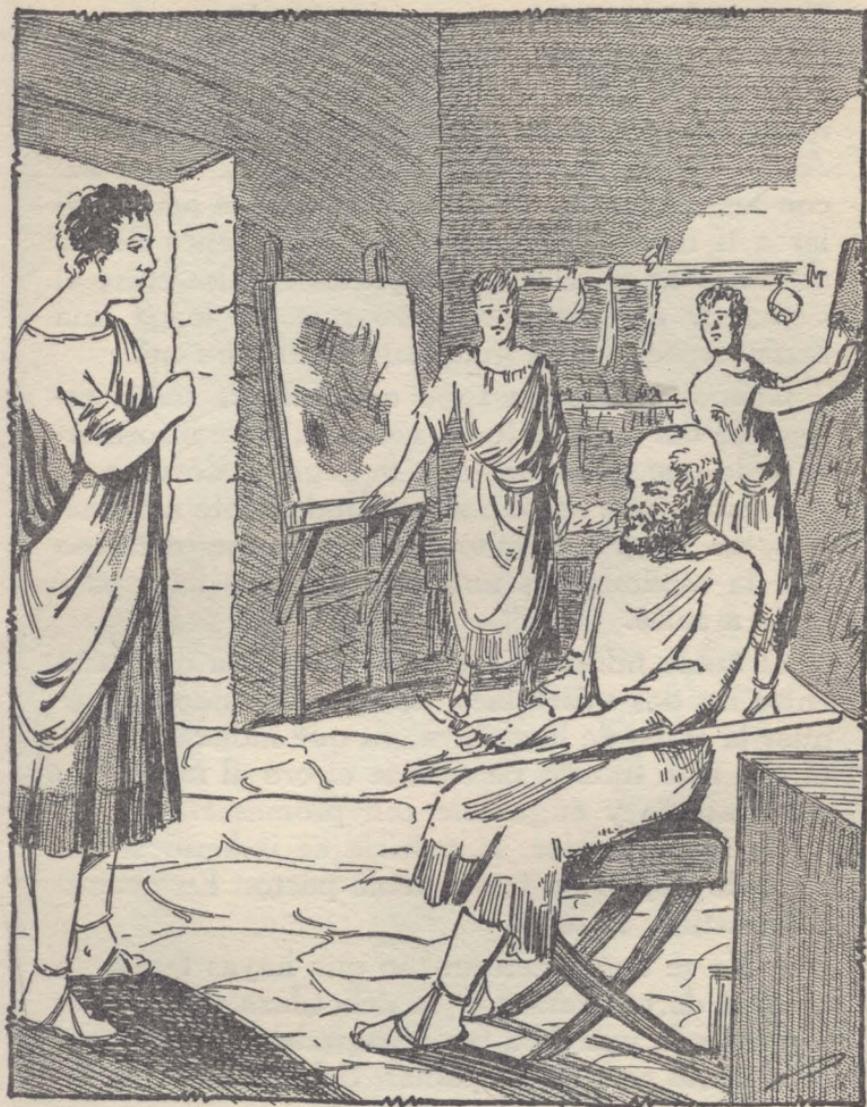
—Ten cuidado, pícaro; quiero un buen trabajo. Yo pago bien al que me sirve bien, pero castigo al que no lo hace a mi gusto. Puedes irte y recuerda que tus espaldas me responderán de tus faltas pequeñas y tu cabeza de las grandes. Cuerdas y hachas tienen los haces de los lictores.

Al levantarse el emperador para marcharse, distinguió a Fulvio a la distancia y le dijo con grosería que alegró a Corvino:

—¡Hola! Mi gran servidor de Oriente, aproxímate.

Fulvio obedeció con buena cara, pero a disgusto interiormente y con la repugnancia del que se acerca a una fiera. Sentía que el emperador no le quería, a pesar de que era espía a sueldo de la corte. Lo cierto es que el tirano sentía por él muy poca simpatía porque temía que Fulvio estuviese encargado de espíarle a él también y transmitir a Nicodemia lo que viera u oyese en Roma. Cuando se acercó, prosiguió Maximiano:

—No preciso de tus miradas dulces e hipócritas, ni de tus reverencias, sino de tus servicios.



Me trae aquí un encargo para tí.

Te mandaron aquí como profesional para descubrir conspiraciones. Para hacer de hurón con los traidores al trono y al imperio, pero hasta ahora no has hecho nada y me cuestas bastante caro. Ahora tienes la ocasión de probar tu capacidad con los cristianos. Si no te ingenias, te haré vigilar a tí mismo. Ya sabes que los bienes de los acusados se repartirán por partes iguales entre el Estado y el acusador, salvo que yo tenga una razón especial para guardarlo todo para mí.

Cuando Sebastián supo que Fabiola había regresado del campo, fué a visitarla, para informarle de lo que oyera hablar a la negra y Corvino.

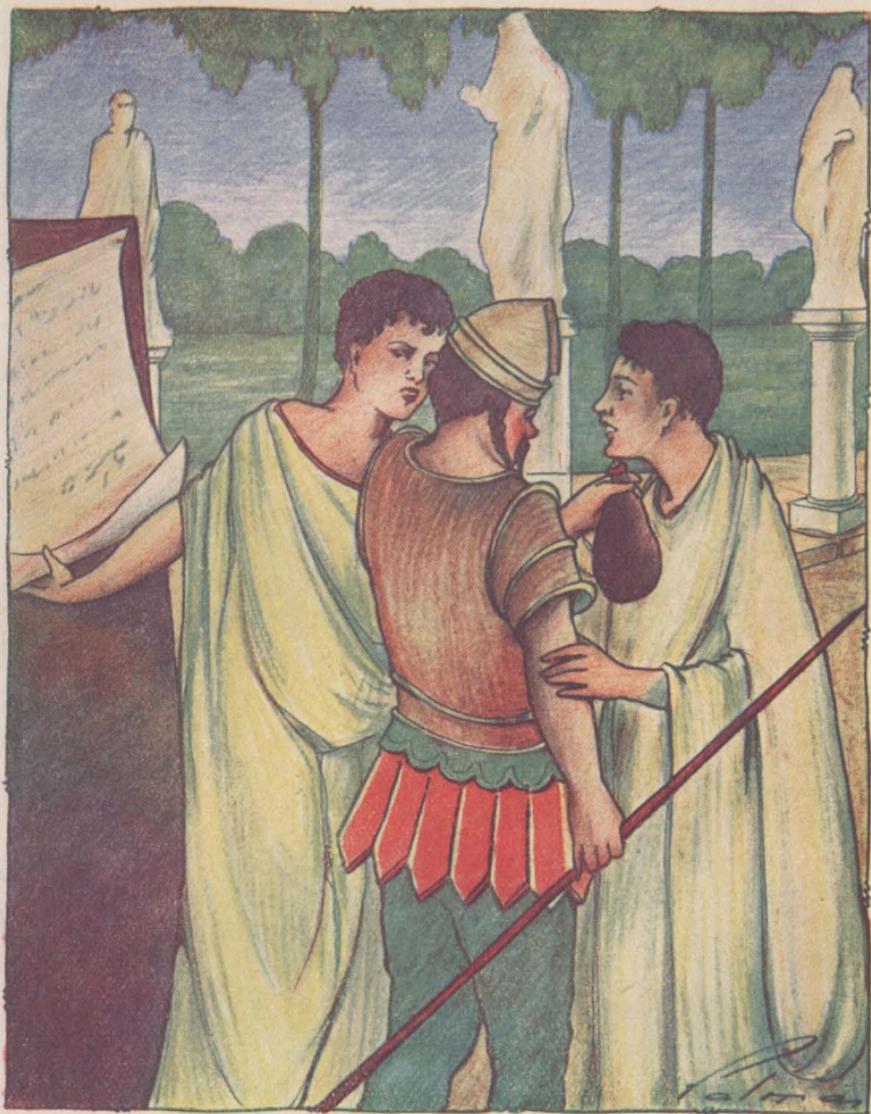
Fabiola, que apreciaba profundamente a Sebastián, se alegró cuando le anunciaron, diciendo que le esperaba en una sala del piso bajo para verle a solas.

El noble militar dió cuenta a Fabiola del pacto entre los dos miserables, aunque tratando de atenuar la culpa de la esclava, ya que indudablemente ella sólo trataba de sacarle el oro al necio hijo del Prefecto y engañarle con promesas.

De todos modos, la patricia se indignó al haber sido objeto de tan innoble pacto. En cuanto a Sebastián, le dijo:

—Yo te agradezco mucho que hayas tenido la bondad de enterarme, y la delicadeza con que te ocupaste de una cosa tan desagradable. Eres muy indulgente con los culpables, Sebastián.

—Cumplí solo con mi deber, para evitar un peligro o molestia a otra persona.



PRONTO ESTUVO EMBRIAGADO

—Pienso que tal interés será sólo para las personas amigas, porque sino tendrías que tender la mano hasta a un enemigo tuyo si lo vieses en peligro. ¿Lo harías?

—Sin duda que sí. Dios da el sol para sus amigos igual que para sus enemigos. Nosotros, débiles criaturas tuyas, ¿podríamos proceder de otra manera?

Fabiola quedó pensativa, encontrando parecidas esas palabras a las de Syra. Luego preguntó:

—¿Estuviste en Oriente, Sebastián? Te lo pregunto porque tengo una esclava voluntaria que tiene y practica esas mismas ideas que acabo de oírte. Es asiática.

—No, Fabiola. Aunque esas ideas sean originarias de Oriente, las aprendí de mi madre, aquí en Roma.

—Bueno, tales ideas abstractas son hermosas, pero para ponerlas en práctica, no bastaría una vida entera. La muerte puede sorprendernos de pronto.

—No me importa la muerte, aunque se presente ante mí bajo aspectos horribles, porque me abrirá las puertas de una vida inmortal, anunciándome la presencia de Aquel que es la belleza suma. Del que nos recompensa por nuestra vida buena dejándonos que le contemplemos en todo su esplendor.

Fabiola quedó en silencio, pensando que esas palabras se parecían mucho a las de Syra, cuando

entró un esclavo para anunciarle que un correo acababa de llegar de Baña.

—Con tu permiso, Sebastián—dijo la joven—. Hazlo entrar en seguida.

El mensajero, en cuyo rostro se veía el cansancio, y en las ropas el polvo del camino, entró y dió a Faviola un papiro sellado. Las manos de la patricia temblaban al abrirlo; mientras rompía los sellos interrogó al correo:

—¿Es de mi padre... no?

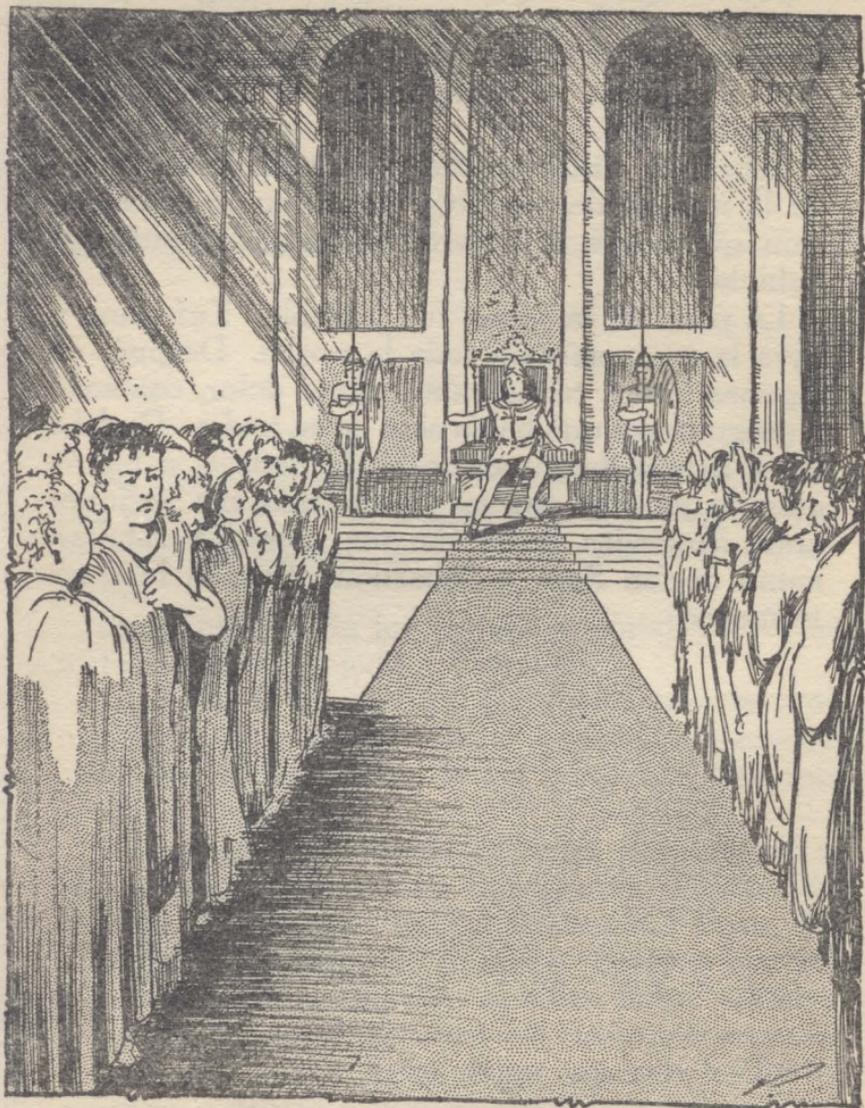
—Por lo menos, viene dirigido a tí y se refiere a él.

Fabiola leyó rápidamente el escrito y al enterarse de lo que decía se desvaneció. Pudo Sebastián sostenerla antes de que cayese al suelo y la recostó en un lecho, retirándose cuando llegaron las esclavas que acudieron para atenderla.

El pergamino enteraba a Fabiola de que su padre había muerto...

Cuando Sebastián salió al atrio, halló a todos los sirvientes alrededor del mensajero para enterarse de los detalles de la mala nueva. Cuando Torcuato le trajera el mensaje de Fabiola, su padre fué a despedirse de ella en la Campania y a pasar juntos algunos días. Al separarse, ambos tuvieron como un presentimiento de que no se volverían a ver más.

Pero la preocupación de Fabio desapareció en Baña, donde se reunió con un grupo de alegres amigos, convidados suyos. Allí se dedicaron a pasar divertidos el tiempo que durara el aprovisio-



Ten cuidado, pícaro.

namiento de la galera que había de llevarlos a Oriente. Un día, al salir del baño, luego de un gran banquete, se sintió mal y al día siguiente, había fallecido.

Sebastián sintió mucha pena cuando se enteró de la muerte del amigo y pensó en la conversación que sobre la muerte acabada de tener con Fabiola.

La pena de la joven fué horrible. Eufrosina y Syra la acompañaron toda la noche. Después de algunas horas, calmado su primer dolor, comenzó a preguntarse qué había sido de su padre. Dudaba de si habría desaparecido en la nada o si habría entrado en una nueva vida donde sus acciones eran conocidas hasta en sus menores detalles, como decían Syra y Sebastián. Esto la hizo estremecer.





VI

Siguiendo la costumbre romana, algunas semanas más tarde, Fabiola salió para hacer las visitas de práctica, comenzando por la casa de Inés, su prima.

Ocupándonos de los demás personajes de esta historia, hemos dejado a Torcuato.

Al llegar la víspera del día fijado para la promulgación del edicto por el cual el emperador ordenaba el exterminio de los cristianos, Corvino estaba en la gloria.

Hizo escribir el edicto en hojas de pergamino cosidas y clavadas sobre una gruesa plancha de madera. Tenía que fijarlo delante del Foro, en el lugar más visible de la plaza. Sabíase que en Nicomedia, un soldado de nombre Jorge, arrancó el edicto, pagando esto con su vida entre atroces martirios. Corvino quiso evitar que este hecho se repitiera y esperó a la noche para colocarlo a buena altura sobre un pilar visible.

Pidió para hacer guardia al pilar, una compañía de la cohorte panoniana, compuesta por los soldados más salvajes de las razas del Norte: germanos, sármatas y dacios, de rojos cabellos que llevaban trenzados, igual que sus barbas y eran muy temidos por los romanos. Apenas hablaban algunas palabras de latín. Estos bárbaros eran la guardia más fiel de los emperadores, que a veces eran compatriotas suyos. Podían encargarles cualquier crimen, con la seguridad de que serían obedecidos.

Apostáronse algunos de estos salvajes en las avenidas que llevaban al Foro, con orden de matar a todo el que atravesara la plaza. Dió Corvino órdenes severas a los centinelas y las palabras de contraseña, que eran: "Numen Imperator" (Divinidad del Emperador), pensando que los cristianos no repetirían la frase.

Junto a la columna puso a un dacio corpulento y de fiera mirada, haciéndole repetir muchas veces la contraseña. La noche era fría y torbellinos de viento y lluvia barrían la plaza. El centinela se paseaba y de tiempo en tiempo sacaba de entre sus ropas una redoma llena de licor hecho con cerezas silvestres de los bosque de Turingia y bebía grandes tragos. Pronto estuvo embriagado.

En esos momentos, nuestro conocido, el viejo fosor y sus dos hijos se presentaban a cenar frugalmente en su pobre vivienda de la Suburra, cuando llamaron a la puerta. Al abrir se encon-



No me importa la muerte.

traron con que los visitantes eran Pancracio y el centurión Cuadrado, de las tropas de Sebastián.

—Bienvenidos a nuestra humilde casa—dijo Diógenes—, precisamente íbamos a cenar y nos acompañaréis en este ágape cristiano.

—Gracias, padre Diógenes—repuso el oficial— y así lo haremos, pero más tarde, después de cumplir una tarea que tenemos por aquí. Mientras tanto, que vaya uno de tus hijos a comprar algunas provisiones y un poco de vino generoso, que hace mucho frío.

Cuadrado entregó un bolsillo con dinero a Mayo y dijo a su joven amigo:

—No olvidemos nuestra tarea. La noche es helada. Arrópatate bien con la capa y tápate la cabeza con la toga. Aviva el fuego, Diógenes, y tengamos lista la cena para nuestra vuelta, que ojalá sea pronto. Deja la puerta entreabierta.

Un rato después de su salida, entró Sebastián preguntado por Cuadrado y Pancracio, porque sospechaba algo de sus intenciones.

No tardaron mucho en oirse por la callejuela unas pasos rápidos, se abrió de pronto la puerta y entraron Pancracio y Cuadrado apresurándose a cerrar la entrada y arrimar algunos muebles a ella formando barricada. Luego, Pancracio se volvió hacia los presentes y exclamó:

—¡Aquí está!...—y al mismo tiempo mostraba un puñado de pergaminos arrugados, riéndose.

—Pero... ¿Qué?... ¿Qué es eso?...—preguntaron los otros.

—¡El famoso decreto! Leed: “Nuestros amos Diocleciano y Maximiano, invictos, Señores, Augustos, Emperadores y Césares... ¡Al fuego!...

Y echó al fuego el edicto, agregando los hijos de Diógenes algunos haces de leña para que se consumiese más pronto. Los pergaminos se convirtieron en cenizas.

Sebastián no quiso reñir a los jóvenes y rió con ellos de la parte cómica de la aventura y del asombro que tendrían al otro día los responsables del edicto.

Corvino se levantó al alba y aunque todavía estaba oscuro se dirigió al Foro para ver si el edicto estaba donde le pusiera. Es imposible describir el asombro, rabia y desesperación del hijo del Prefecto cuando vió que el pergamino no estaba y que aún colgaban algunos pedazos de él en la placa fijada a la columna.

Junto al pilar, estaba siempre el centinela con aspecto fiero. Corvino hubiera pegado de buena gana al soldado, si éste no fuese tan fuerte. Entonces le gritó:

—¡Bruto! ¿Cómo no está el edicto? ¡Contesta en seguida!

—¡Calma, calma, herr Kornveiner! Ahí verás lo que me diste a cuidar.

—¿Dónde está, estúpido? ¡Busca!

El germano se movió lentamente, miró la plancha por primera vez y luego dijo tranquilo:

—¿Acaso no es esa la misma plancha que me mandaste vigilar?



Y bebía grandes tragos.

—Sí, ¡bruto!, pero, ¿dónde está el escrito que en ella estaba clavado?

—¡Ah! De esas cosas no entiendo. No fui nunca a la escuela y no entiendo de escritos. Toda la noche ha llovido y se habrán borrado las letras.

—¿De veras? . . . Y el viento se llevó el pergamino. ¿No?

—Será como tú lo dices.

—¿Te burlas de mí? . . . ¿Quién estuvo aquí esta noche?

—Dos personas; una de ellas un muchacho alto y delgado, que rondaba alrededor de la columna mientras yo me las arreglaba con el otro. En cuanto a éste—prosiguió el dacio con aire estúpidamente grave—si no era el dios Thor en persona era un pariente suyo de seguro. Le dije que se apartara si no quería que lo atravesara con la jabalina, pero sin darme cuenta me la quitó, la quebró en la rodilla y mira allá lejos los pedazos. ¡Qué fuerza! Después se alejaron los dos desapareciendo en las sombras.

—¿Y por qué no diste la alarma a los demás?

—¿Para qué? ¿No estaba siempre ahí la plancha?

—¡Qué animal!—murmuró Corvino—. Pues esto te va a costar caro—dijo en voz alta—porque dejaste pasar a dos hombres sin darte la contraseña.

—¿Quién te dijo que no me la dieron? No he sido yo, creo.

—Te la dieron? Entonces, no eran cristianos.

—Cuando se acercaban, uno de ellos dijo bien claro: “Nomen Imperator (En nombre del Emperador).

—¡“Numen Imperator” es lo que tenían que decirte, bárbaro!—gritó furioso Corvino.

—“Numen” o “Nomen”, tanto da; por una letra no iba a hacer una cuestión. Ya ves, tú dices Arminius y yo me llamo Hermann...

—No hablemos más, pero responderás de esto al emperador.

—Ten cuidado—respondió astutamente el germano, en un destello de su poca inteligencia—que los dos estamos unidos en el asunto y el emperador te hizo responsable primera a tí de eso.

Atemorizado en seguida el cobarde Corvino, dijo al soldado:

—Bueno. Todo tiene arreglo. Para salvarte diré que fuiste atacado por un grupo numeroso de hombres y que te mataron. Te esconderás algunos días en el cuartel. No te faltará dinero para beber.

Unos días más tarde, a orillas del Tíber apareció el cadáver de un soldado dacio asesinado. Se supuso que lo mataron an alguna riña de ebrios y se olvidaron de él.

Corvino examinó con cuidado el suelo alrededor del pilar y su busca no fué infructuosa, porque dió con un pequeño cortaplumas que en seguida recordó haber visto muchas veces en manos de su condiscipulo Pancracio. Lo guardó como prueba contra el joven cristiano.



La mujer del capsario, lo oyó todo.

Muy asustado Corvino por la pérdida del edicto, se procuró a prisa una copia de tamaño más pequeño. La hizo colocar, temeroso por la ira del tirano y resolvió para ganarse su benevolencia invadir el cementerio subterráneo ese mismo día.

Se reunió en las Termas con Fulvio, que vigilaba de cerca a Torcuato y no le dejaba mucho, para poder servirse de él en cualquier momento. Resolvióse que el traidor les conduciría al subterráneo de Calixto y llevarían una buena escolta de soldados, para atrapar al alto clero, a numerosos cristianos y especialmente al Sumo Pontífice. Corvino bajaría y Fulvio con un pelotón de soldados cuidaría la entrada para evitar que nadie se escapase.

Pero desde la habitación inmediata, Victoria, la mujer del capsario, lo oyó y corrió a ponerlo en conocimiento de Cucumio, quien discurrió una manera de avisar a los cristianos.

Hacia un rato que Sebastián había llegado a tomar su baño y rápidamente Cucumio escribió la mala nueva en un trozo de pergamino y lo sujetó entre la túnica de Sebastián, que él guardaba, no atreviéndose a hablarle ante la gente. Cuando el oficial se vistió, sintió algo que le pinchaba en el pecho y encontró el pergamino, mal escrito pero comprensible.

Cambió de dirección y marchó hacia la Vía Apia, para llegarse al cementerio. En el camino encontró a la cieguita Cecilia, mensajero mejor que él porque no llamaría la atención de nadie si

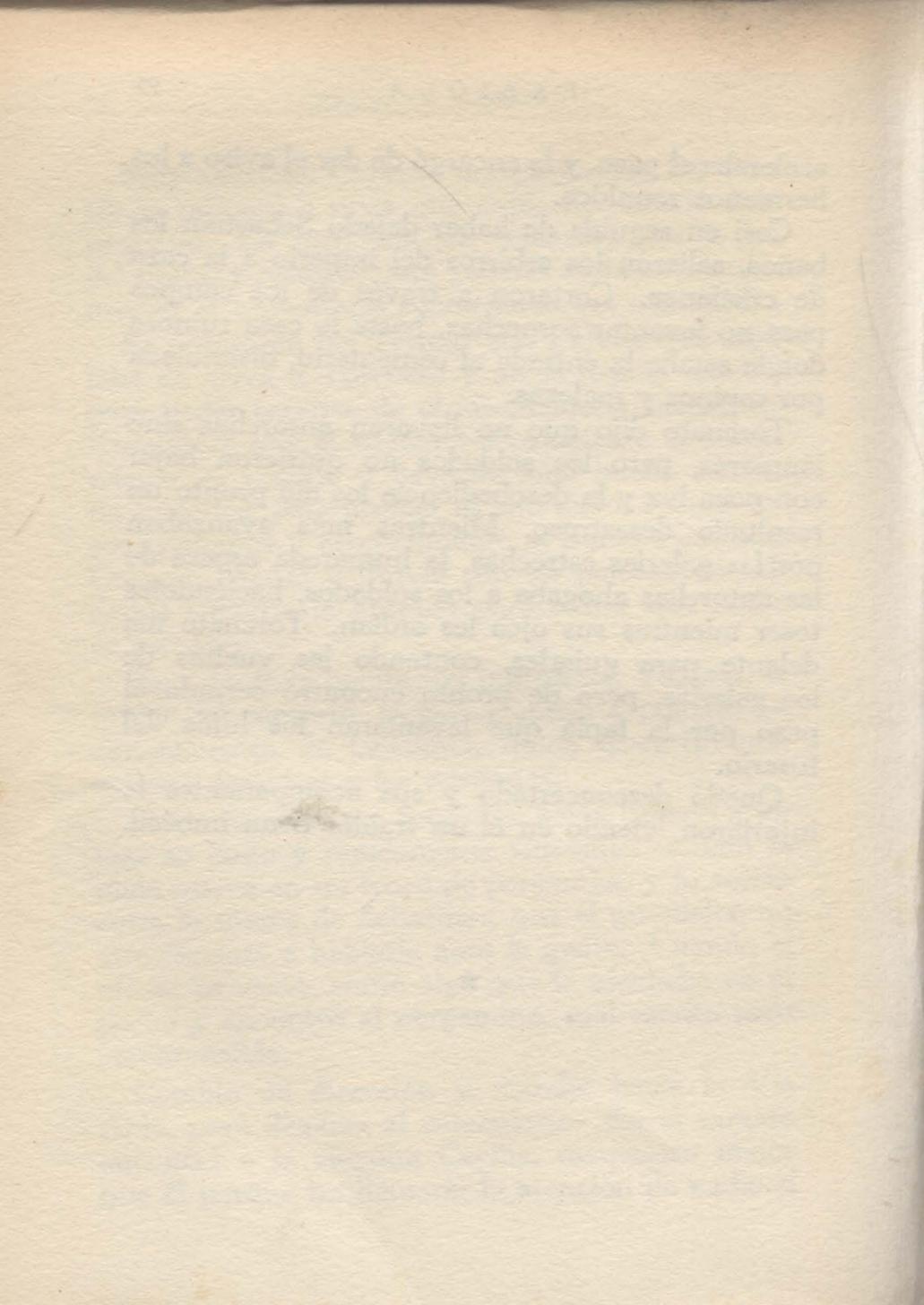
aceleraba el paso, y le encargó de dar el aviso a los hermanos reunidos.

Casi en seguida de haber dejado Sebastián los baños, salieron los esbirros del imperio a la caza de cristianos. Cortaron a través de los campos para no levantar sospechas, hasta la casa ruinosa donde estaba la entrada al cementerio, disimulada por espinos y malezas.

Torcuato dijo que no llevaran antorchas sino lámparas, pero los soldados no quisieron bajar con poca luz y la desobediencia les dió pronto un resultado desastroso. Mientras más avanzaban por las galerías estrechas, la humareda espesa de las antorchas ahogaba a los soldados, haciéndoles toser mientras sus ojos les ardían. Torcuato iba delante para guiarles, contando las vueltas de las galerías, pero de pronto encontró cerrado el paso por la tapia que levantarán los hijos del fosario.

Quedó desconcertado y sus acompañantes le injuriaron, viendo en él un traidor o un imbécil.







CAMINABAN CARGADOS DE CADENAS.



VII

Torcuato les hizo esperar diciéndoles que se habría equivocado en la cuenta y que sabría orientarse por una tumba diferente de las demás, situada en los últimos corredores que pasaron. Entonces se internó por la última galería y desapareció por ella.

Los soldados no volvieron a verle ni a distinguir su luz, por lo que además de estar cegados por el humo, en su superstición creyeron que su desaparición era debida a un sortilegio y sólo pensaron en escapar, arrojando las antorchas a las galerías laterales y corriendo en línea recta a la salida.

Antes de llegar a la entrada del subterráneo, vieron una luz y en seguida una rara aparición. Cuando se aproximaron distinguieron una forma humana de pie e inmóvil, envuelta en ropajes oscuros.

Creyeron primero que sería una bruja, un fan-

tasma o el genio del lugar, pero al verla de cerca se dieron cuenta de que era una mujer que permanecía inmóvil, como si no les viera. Dos soldados la tomaron de los brazos y Corvino le preguntó:

—¿Quién eres?

—Una cristiana...

—Levadla. Esta pagará nuestro frasaco.

Cuando Cecilia bajó al subterráneo, tomó el olor de las antorchas y se dijo: "Esto no huele a incienso. El enemigo ya ha entrado". Llegó rápidamente al lugar donde se internaron en las galerías más profundas, esperando que se retiraran los soldados y Pancracio quiso que también la ciega se pusiera a salvo, pero ella resolvió ir con una lámpara cerca de la entrada, para advertir a los cristianos que todavía pudieran llegar. Fué inútil que le hicieran ver el peligro de caer en manos de los enemigos.

Cuando oyó los pasos de la tropa, levantó su luz y les guió hasta ella.

.....

Fulvio se irritó mucho al conocer el fracaso de la expedición, y ver la pobre captura realizada. Insultó a Corvino, no menos rabioso que él, y preguntó por Torcuato. No dudó de que este los había engañado escondiéndose en algún lugar alejado del subterráneo e interrogó a la muchacha:

—¡Mírame y dime la verdad!

—Tendré que decírtela sin mirarte... ¿No ves



Distinguieron una forma humana.

que soy ciega?—respondió la niña con voz dulce y sonriendo.

Una fugaz emoción se reflejó en la cara de Fulvio, pero en seguida pensó en aprovechar la presa para saber algo, y dijo:

—Volvéos al cuartel, que os haré recompensar; porque sería ridículo que veinte soldados escoltasen a una muchacha ciega. Toma mi caballo Corvino y avisa a tu padre de lo que pasó. Yo llevaré a la prisionera.

—No me vayas a hacer traición, Fulvio, y llévala porque este día no puede terminar sin un sacrificio.

El asiático se acercó a Cecilia y le dijo con voz melíflua:

—Me han dicho que te declaraste cristiana...

—¿Cómo podría negar esa gran verdad?

—Entonces, ¿te dirigías a una reunión de cristianos una mañana que te vi acompañar a un anciano que casi no podía caminar, el otoño último?

—Yo no asisto a otras reuniones.

Con esas palabras, Fulvio tuvo la certeza de que Inés era cristiana y se prometió aprovechar su descubrimiento. Le haría caso o se vengaría de ella. Llevó a la ciega a Roma y la entregó a Corvino.

Tértulo esperaba a la víctima y al verla sintió una ligera compasión por la niña. Comenzó a interrogarla y tratar de que abjurase de la fe cristiana. Sus razones y amenazas nada pudieron con la entereza de la cristiana, que rebatía dulcemente sus palabras.

Había allí bastante público, que guardaba silencio a causa de que el Prefecto había querido que Cecilia creyese que estaba sola con él y amenazó a los presentes con duros castigos si alguien chistaba. Irritado por las respuestas de la ciega, Tértulo ordenó a Cátulo que atase en el caballete a la cristiana, y preguntó a ésta:

—No seguiré oyendo tus tonterías. Sabrás lo que es sufrir.

—¿Sufrir?—repitió ingenuamente Cecilia.

—Sufrir, sí. ¿No sabes lo que es? ¿Nunca te hicieron sufrir?

—Nunca. Los cristianos no hacen mal a los demás. Puedes hacerme el daño que quieras, pero seguiré siendo cristiana.

Hizo una señal el Prefecto y el verdugo ató a Cecilia de los tobillos y muñecas, estirando sus brazos lejos de la cabeza. A otro signo de Tértulo, el ejecutor dió una vuelta a las ruedas, notándose el dolor de Cecilia por la palidez de su rostro.

—¡Obedece, mujer, y eres libre! ¿Vas a sacrificar a los dioses?

—No hay más Dios que el nuestro.

—¡Cátulo!—exclamó el Prefecto, perdida la paciencia.—¡Pronto! Una antorcha al costado...

Hubo entre los presentes un rumor de piedad para la joven, por lo cual Cecilia se dió cuenta de que no estaban solos, ruborizándose intensamente. La ciega comenzó a orar en voz alta que todos pudieron oír claramente:

—¡Oh, Señor! ¿Que yo me reuna a Tí en se-

guida y evítame la vergüenza de las miradas de todos.

Un nuevo murmullo de lástima corrió por la concurrencia y gritó enojado Tértulo:

—¡Cumple tu deber, Cátulo! ¡Pícaro! ¿Qué haces ahí con la antorcha?

Pero cuando el verdugo se acercó, pudo comprobar que Cecilia estaba muerta. El Señor había escuchado su ruego y la había llamado a su seno. Parecía imposible que con una sola vuelta de rueda que ni siquiera había dislocado sus miembros, estuviese muerta. El asombro fué general y se oyó una voz entre la gente:

—¡Impío! ¡Tirano! ¿No ves que una pobre ciega, por ser cristiana, tiene más poder sobre la vida y la muerte que tú y tus sanguinarios amos?

Corvino saltó de su asiento gritando, acompañando de atroces insultos, estas palabras:

—¡Es la tercera vez que te cruzas en mi camino! Esta no te escaparás.

Ciego de ira, se estrelló contra el pecho de un oficial gigantesco que le cortaba el paso como por casualidad. Corvino se tambaleó y Cuadrado, que era quien le cerraba el paso, sujetándole de un brazo le preguntó atento:

—Perdóname Corvino, ¿te hice mal?

—No. Pero déjame pasar y no me detengas.

—Pero, ¿a dónde vas? Yo te acompañaré, espera.—Y no soltaba el brazo.

—Suelta, que se va a escapar.

—¿Quién?



Corvino se tambaleó.

—Pancracio.

—¿Pancracio? No lo veo.

Cuando llegaron a la puerta, Pancracio había desaparecido y estaba oculto en casa de Diógenes el fosario.

Ordenó Tértulo a Cátulo que arrojara al Tíber el cadáver de Cecilia. Pero minutos después, un oficial se acercó al verdugo y le hizo una seña que entendió perfectamente porque tendió la mano para recibir un bolso con dinero. Sebastián le dijo en voz baja:

—Fuera de la puerta Capena, junto a la villa de Lucina, luego de puesto el sol.

—No faltaré. Allí haré la entrega.

Cuando Tértulo dió cuenta al emperador de los hechos del día, le halló de un humor terrible y fué una suerte que no estuviera presente Corvino. Pero estaba Sebastián, que había arreglado sus cosas para hacer guardia ese día.

—¿Dónde está ese imbécil de tu hijo?

—Quedó fuera, señor, esperando para aplacar tu divina cólera. Su celo por servirte ha tenido mala fortuna.

—¡Qué mala fortuna! Dí su cobardía y estupidéz. Pero ha de pagarlas muy caro. Que entre.

Corvino entró tembloroso y gimiendo, echándose a los pies del tirano, que de un puntapié lo hizo rodar hasta el centro de la sala. La caída ridícula hizo reír al emperador, aplacando algo su ira, diciendo al miserable:

—Levántate. ¿Cómo desapareció el edicto? Cuenta.

Corvino hizo un fantástico relato que divirtió al tirano, quien al final dijo:

—Seré indulgente. ¡Aquí, lictores! Desatad los haces.

Cuando sacaron las hachas, Corvino se arrojó a los pies del emperador, creyendo que iban a decapitarle, pero Maximiano dijo:

—Bastará con unos buenos azotes.

Le quitaron la túnica y con las manos atadas, recibió una lluvia de latigazos que le hicieron retorcer de dolor y le arrancaron aullidos.

Cuando terminó el castigo, todavía sufrió otro interrogatorio:

—Hazme ahora las revelaciones prometidas.

—Sé quién sacó el edicto. Es un muchacho llamado Pancracio, porque encontré su cuchillo al pie de la columna. Hoy estuve dos veces a punto de atraparle.

—Procura que no se te escape la tercera porque puedes ocupar su lugar.

—Le conozco porque fué mi compañero en la escuela de Casiano, que es también cristiano. Sé donde vive Casiano, por Torcuato que abandonó la superstición cristiana. Este Torcuato formaba parte de una comunidad de cristianos que vivían en casa de Cromacio el antiguo Prefecto.

—Bueno. Te apoderarás de todos ellos, incluso de ese Torcuato y tú, Tértulo, les harás sufrir de

firme. Y ahora, marcháos todos porque es la hora de mi comida.

Toda la noche estuvo enfermo Corvino del dolor y la rabia. Al otro día, más aliviado, pidió a su padre que le permitiese dirigir la expedición contra los cristianos en la Campania, para poder hacer méritos ante el emperador, y evitarse las burlas y sarcasmos de las gentes.

Y ahora, veamos lo que es de Fulvio. Una vez que entregó a Cecilia fué en busca de Eurotas para enterarle de todo como era su costumbre. El viejo asiático le oyó impasible y luego dijo con voz fría:

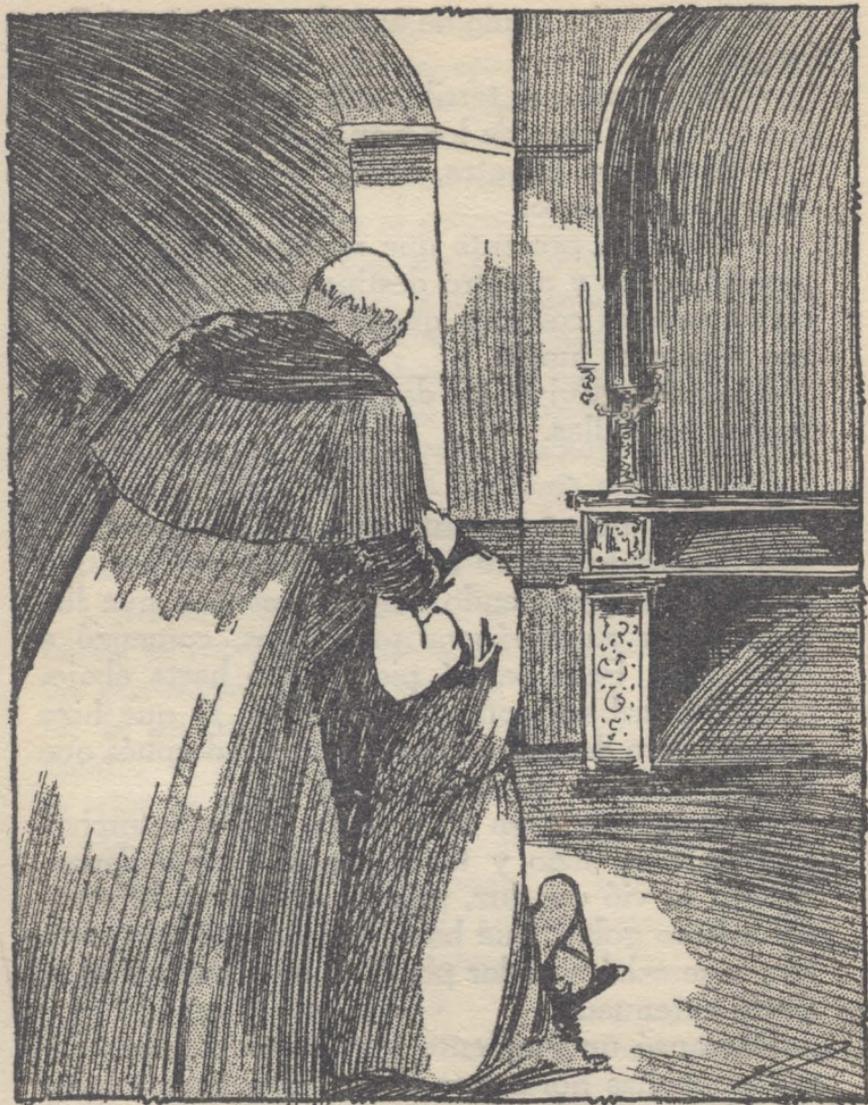
—Poco provecho hemos de tener de todo eso.

—Espera y escucha. Sé que la noble Inés es cristiana y puedo ya que está en mi poder por ese secreto, obtener su mano o hacerla desaparecer y en los dos casos su fortuna es mía.

—Prefiero el segundo método. Es más rápido y cómodo. Deja tu venganza y trata de restaurar el esplendor de tu familia sin reparar en los medios. Si no lo consigues, tendrás que perecer. . . Y ahora me parece tiempo de que sepas quién soy.

—¿No eres el intendente de mi padre, a quien él me confió?

—Soy el hermano mayor de tu padre. Es decir, el jefe de la familia. Quiero devolver a esta su grandeza, perdida por la ineptitud y prodigalidad de tu padre, a quien yo sacrificué mis derechos con la condición de ser tu tutor y educarte a mi modo.



Padre mío: Pequé contra Dios .

Fulvio estaba mudo de asombro. Prosiguió Eurotas:

—¿Recuerdas el terrible crimen que reunió en tus manos el resto de los bienes de la familia?

—Por favor, Eurotas, no me lo recuerdes. Evítame este suplicio.

—Pues ten presente que no hay que tener remordimientos y nuestro destino está marcado, así como nuestro contrato queda en pie: enriquecerenos o perecer juntos.

Esa noche Fulvio no descansó, agitado por horribles pesadillas.

.
Veamos mientras tanto qué fué de Torcuato. Desconcertado por su fracaso, se internó por una galería lateral y viendo allí una escalera que llevaba a los subterráneos más bajos, comenzó a descender. Pero perdió pie y rodó hasta abajo, dando su cabeza contra una piedra, lo que hizo que quedara desmayado hasta mucho después que sus compañeros salieron al aire libre.

Cuando volvió en sí, sintió que las antorchas estaban a su lado y tenía con qué encenderlas. Pronto se vió con luz, pero se olvidó por efectos del mismo golpe, que había bajado por una escalera y se echó a andar por la galería hasta que se sintió extenuado.

Descansó un momento y volvió a caminar durante muchas horas por el laberinto subterráneo. Al cabo de sus fuerzas, y con la última antorcha, se dejó caer sobre un montón de arena, pensando

que allí moriría pagando su traición. Miró fijamente la luz hasta que se apagó y todo quedó en la sombra. La pareció que estaba muerto. El remordimiento comenzó a roerle el corazón y se le presentó claro su infame crimen.

A punto de perder el conocimiento por cansancio y consunción, oyó un rumor de voces, algo como un coro angélico, y pudo incorporarse todavía. Las voces se oyeron más cercanas. En seguida distinguió el resplandor de luces que se acercaban. Luego se presentó a sus ojos una procesión de vírgenes con hábito que llevaban lámparas encendidas en las manos. Cuatro de ellas cargaban sobre sus hombros un cuerpo humano envuelto en un lienzo blanco y coronado de espinas.

Los remordimientos de Torcuato le atormentaban y arrastrándose fué hasta la capilla detrás de las cristianos, sin atreverse a entrar, quedándose en la puerta. Desde allí parecía que desde un cuadro el Buen Pastor le miraba reprochándole la traición a sus hermanos.

Depositaron el cuerpo en el suelo, mientras se cantaban salmos y finalmente lo bajaron a una tumba abierta en el suelo. Torcuato no pudo más y preguntó a uno que estaba cerca de él:

—¿A quién entierran?

—A la virgen ciega. A Cecilia, apresada esta mañana en la entrada del cementerio y torturada hasta que Dios la llamó a su seno.

—¡Yo soy su verdugo!—exclamó el infeliz. Y

adelantándose se echó a los pies del Pontífice diciéndole:

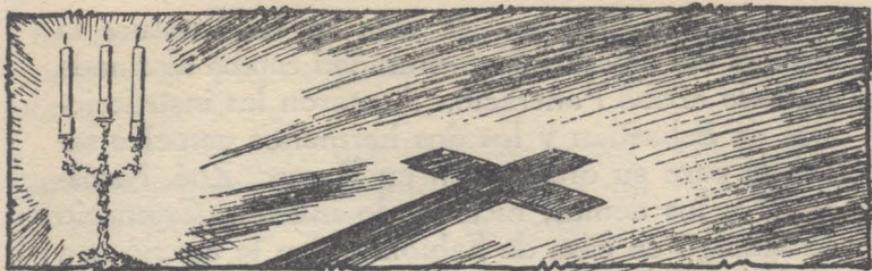
—Padre mío, pecué contra Dios y contra tí. Ya no soy digno de ser tu hijo. . .

El Pontífice levantó al arrepentido, lo abrazó y le dijo:

—Quienquiera que seas, sé bienvenido a la casa de tu padre. Estás débil. Reposa ante todo.

Pero Torcuato no aceptó cuidados ni alimentos hasta que terminó su pública confesión. Le pusieron al cuidado de Diógenes y le dieron alojamiento en una casa cristiana en la campiña romana para apartarle de las tentaciones y de las posibles venganzas.





VIII

Sebastián había ido al cementerio para dos cosas: al entierro de la martir y a poner en seguridad al Pontífice, cuya residencia no era ya un secreto. El oficial, al que las actas cristianas llamaban el "Protector de los Cristianos", tuvo una idea sagaz: alojar al Papa en el mismo palacio de los Césares, es decir, donde nadie había de buscarle.

Al otro día, Sebastián fué a ver a Pancracio para encargarle de una delicada misión: tenía preparados caballos para él y Cuadrado, que debían salir para la Campania sin pérdida de tiempo. Corvino había recibido orden de apoderarse de Cromacio y su comunidad de nuevos cristianos, así como de su antiguo maestro en Fundi. Era menester prevenirles.

Como Corvino quiso preparar bien su expedición, tardó dos días en salir de la ciudad y era grande la ventaja que le llevaban los dos cristianos.

Ya había llegado a la villa de las Estátuas la noticia del edicto y la comunidad estaba alarmada cuando arribó Pancracio. Acataron las instrucciones de Sebastián y los dos hermanos gemelos salieron para su ordenación en Roma. Zoé, Nicóstrato y los demás, hicieron lo mismo. Cromacio se albergó en casa de Fabiola quien le acogió con cariño aunque no sabía el motivo de la visita. La villa quedó desierta, a cargo de algunos fieles servidores.

Cuando Corvino llegó a casa de Cromacio, hizo forzar las puertas y asaltar la residencia, pero la halló vacía. Un sirviente trabajaba en el jardín y le interrogó:

—¿Dónde está tu amo?

—Salió.

—¿Cuando se fué de aquí?

—Después de llegar los otros de Roma.

—¿Quiénes son esos otros?

—Un jovencito alto y delgado, que canta muy bien y uno grande, muy fuerte.

—¡Siempre los mismos!—exclamó Corvino.—
¡Ese es Pancracio! Más ya lo atraparé... Vuelve a destruir mis planes, pero lo pagaré bien caro.
¡Vamos a Fundi en seguida!

Cuando llegó al pueblo para vengarse en Casiano, mostró al gobernador la orden de arresto contra el maestro y la que le daba plenos poderes de acción. Penetró el infame a la escuela cuando estaba llena de escolares, a los que impuso que Casiano conspiraba contra el imperio porque era

cristiano y que él les daba libertad en nombre del emperador Maximiano para que hicieran con él lo que quisieran.

Bastó esto para que aquellos malos corazones arrojaran sobre el anciano educador una lluvia de libros, tabletas y toda clase de proyectiles. Corvino organizó el martirio:

Ataron al anciano con cuerdas y aquellos feroces muchachos le hirieron con sus estilos de acero. Hubo quien escribió una lección en la piel del mártir. Por fin, cubierto de sangre y agotado por el sufrimiento, cayó para no levantarse más. Aún en el suelo le aplicaron nuevos tormentos, hasta que le dejaron por muerto y salió Corvino satisfecho.

Un servidor de Casiano llevó al anciano moribundo a su lecho y avisó a Pancracio, quien acudió solícito acompañado de Cuadrado. El maestro pudo reconocer todavía a Pancracio y en la madrugada expiró teniendo su mano y sonriendo dulcemente. Le enterraron en un rincón de su misma casa.

Corvino no las tenía todas consigo, porque sabía que su padre estimaba mucho a Casiano y temía que los padres de Fundi se disgustaran por el asesinato cometido por sus hijos, inducidos por él. Pero como los caballos estaban muy cansados, no pudo ponerse en viaje hasta la noche. Para engañar su impaciencia, estuvo bebiendo copiosamente.

El camino, inundado por las lluvias, bordeado

de árboles, seguía junto al gran canal. Corvino, excitado por el alcohol, la furia de haber fracasado su expedición contra Cromacio, y los remordimientos, se puso a castigar a los caballos porque marchaban despacio. Asustados los animales, en el mismo momento en que se oía a lo lejos el rápido galope de otros caballos, echaron a correr desbocados con el carro. Este salió con Corvino dentro dando tumbos por entre los árboles y alejándose de la comitiva, hasta que volcó junto al canal. Quedó Corvino con la cabeza dentro del agua y apenas sostenido por una débil rama.

Cuando los jinetes que llegaban y que eran Pancracio y Cuadrado vieron el carro tumbado, se acercaron y al reconocer a Corvino dijo Cuadrado:

—Tendría lo que merece si le dejáramos ahí.

—¡Cuadrado! — replicó Pancracio. — Seguramente dices lo que no sientes. Obremos como cristianos. Dame la mano, y le sacaremos.

Así lo hicieron, recogiendo el bolsillo de Corvino que había caído a su lado. Junto a él estaba el cortaplumas de Pancracio, quien se lo guardó. El miserable hijo del Prefecto estaba sin conocimiento. Le friccionaron y luego le entregaron a sus soldados que llegaban. Estos, se guardaron el bolso y cuando Corvino recuperó el conocimiento le dijeron que ellos le habían salvado de ahogarse y que seguramente el bolso habría caído al agua.

Apurábanse los trabajos para terminar las nuevas termas. Era costumbre elegir entre los condenados a trabajos forzados, casi siempre cristia-



Se puso a castigar a los caballos.

nos, y de ellos los más fuertes, para llevarlos a las fieras del anfiteatro en ocasión de las fiestas imperiales.

Un día Tértulo fué acompañado de Corvino para elegir entre los prisioneros de la cantera algunos para el circo. Luego de discutir largamente con el capataz de los condenados y escoger algunos, iban a retirarse cuando Corvino dijo a Rabirio, el capataz:

—¿Quién es aquel que nos vuelve la espalda, no trabaja y no lleva cadenas?

En ese instante, el desconocido se volvió y al reconocerle Corvino, con feroz alegría respondió a Rabirio:

¡Qué le pongan en seguida cadenas! ¡Esta vez, Pancracio, no te escapaste!

Pancracio con los otros veinte elegidos, cargados de gruesas cadenas, marcharon hasta la prisión Mamertina donde les encerraron en oscuros calabozos a la espera de su suplicio.

.
Hizo un día espléndido para la fiesta imperial. Maximiano se presentó en el anfiteatro rodeado de imponente pompa.

Después de varios juegos, en los que varios gladiadores enrojecieron la arena con su sangre, siendo sacados muertos o heridos, el pueblo gritó: "¡Los cristianos a las fieras!"

Casi enseguida entró al "spoliarium" el "lanista" o preboste de los gladiadores, para llamar a los cristianos a la arena. Yendo por la galería

que conducía al circo, vió Pancracio a su madre y al llegar a ella se arrodilló, besando sus manos. Luciana bendijo a su hijo y le dijo algunas palabras de aliento, en tanto que el "lanista" instaba al joven para que siguiera su camino. Junto a Luciana estaba Sebastián, que estrechó la mano de Pancracio diciéndole:

—Ten valor y que Dios te bendiga. . . Yo estaré detrás del emperador y tú envíame allí tu última mirada y tu bendición.

Dejaron al mancebo patricio como última víctima para tratar de quebrantar su valor. Quedó solo en medio de la arena, con los brazos en cruz y orando fervorosamente. Soltaron las fieras contra él, pero los leones y leopardos, al llegar cerca del mártir, se detenían como paralizados por un poder superior y volvíanse sin atacarle.

El populacho gritaba enfurecido. Acosaron contra Pancracio un toro furioso, pero el animal se paró en seco, bajó los cuernos y se puso a escarbar la arena sin hacerle daño, pero mugiendo furioso. El emperador, airado, gritó al joven:

—¡Cobarde! ¡Provócalo!

Pancracio se adelantó hacia la fiera, pero esta se dió vuelta y huyó hacia el toril y hallando en su camino al guardián, lo enganchó con los pitones y lo lanzó al aire dando vueltas. La multitud gritaba enardecida, dominando las demás voces hubo una que dijo:

—Es un hechicero. Lleva al cuello un talismán. Oyó eso el emperador y gritó a Pancracio:

—¡Quítate ese amuleto del cuello o haré que te lo arranquen! . . .

—No, señor—respondió Pancracio con voz dulce—no es un amuleto, es un recuerdo de mi padre, que también murió como mártir cristiano, y en este mismo sitio. Una pantera procuró a mi padre su corona; tal vez tenga yo el mismo favor.

—¡Una pantera! . . . ¡La pantera! . . .—aullaron centenares de voces.

Sacóse una jaula a la arena y cuando cayó un costado, salió la temible fiera, dando un salto elástico. En seguida vió a su presa. Pancracio daba siempre frente al emperador, abstraído en éxtasis. La pantera dejó oír un ronco gruñido y saltó sobre el muchacho. Clavó las garras traseras sobre el pecho del mártir y las uñas delanteras en la garganta.

Sebastián iba quedando solo, asistiendo a la carnicería general. Sabía que su turno le llegaría pronto. Vendió todas sus propiedades, distribuyó todo entre los pobres y espero tranquilo su suerte.

En efecto, pronto le denunció. Maximiano dió audiencia el 9 de enero y Fulvio se presentó a ella. El tirano le acogió con la frialdad de siempre. El asiático, sin turbarse, se arrodilló ante el terrible amo y dijo:

—Señor, tu divinidad imperial me reprochó repetidas veces tener poco celo para servirte, a pesar de tus generosidades. Hoy me desquitaré de lo que ha sido solo mala suerte. Acabo de descubrir



Cargados de gruesas cadenas.

el más infame complot y la peor de las ingrati-
tudes, junto mismo a tu divina persona.

—¡Imbécil! ¡Explícate! ¿Qué quieres decir?

Fulvio se puso de pie y con hipócrita amargu-
ra dijo:

—¡Señor! . . . ¡Sebastián es cristiano! . . .

—¡Mientes!—gritó el emperador saltando del
trono.—¡O pruebas lo que has dicho o sufrirás
una muerte más horrible que la que tuvo jamás
ningún cristiano!

Fulvio, arrodillado de nuevo, dijo sacando un
pergamino:

—Señor, tengo aquí pruebas suficientes sobre
lo que he afirmado.

Antes de que Maximiano furioso pudiera con-
testar, se adelantó Sebastián, diciendo con voz
serena:

—No, príncipe mío. No busques pruebas, por-
que soy cristiano y tengo a mucha honra el serlo.

—¡Ven aquí, Cuadrado! Prende a tu tribuno y
condúcele al calabozo. Pero, ¿qué haces? ¿No
me obedeces? . . .

—¡Yo también soy cristiano! . . .

La ira del tirano era indescriptible.

No pudo mantenerse en secreto el arresto de Se-
bastián, a pesar de todas las precauciones toma-
das. La noticia corrió rápidamente por el palacio
y la ciudad. Súpose que se había declarado cris-
tiano y que estaba condenado a morir al día si-
guiente.

Fabiola, enterada pronto, tuvo una fuerte im-

presión. Pensando en eso estaba cuando entró Afra, la esclava negra, que traía luces para preparar la cena de la joven patricia. Iba y venía la negra, cuando de pronto dijo:

—¿Ya sabes la noticia, señora?

—¿Qué noticia?

—Que mañana temprano matarán a flechazos a Sebastián. ¡Qué lástima! ¡Es tan hermoso y valiente!

—¡Cállate, Afra! No hables, salvo que tengas algo que informarme.

—Así lo haré si me lo mandas, aunque supongo que la suerte de Sebastián es para tí tan indiferente como para mí. No es el primer oficial al que mis compatriotas maten. Dieron muerte a muchos y... algunos se salvaron... Pero yo creo que sería cuestión de suerte...

—¡Afra! ¿Qué quieres decir?...

—Nada, señora. ¿Qué puede saber una pobre esclava y sobre todo qué puede hacer?...

Pero dijo esto con un tono de voz tan intencionado que Fabiola lo comprendió en seguida y le preguntó ansiosa:

—Quiero saber en seguida qué es lo que me das a entender.

La negra se acercó al lecho en que la joven estaba reclinada y asegurándose que nadie podía oírla le dijo al oído:

—¿Quieres salvar la vida de Sebastián?

—¡Oh, sí! ¡Dime cómo!

—Costará bastante caro.

—Dime el precio . . .

—Cien mil sestercios y mi libertad.

—Aceptado. ¿Qué garantías me das?

—No cumplirás nada hasta veinticuatro horas después del suplicio de Sebastián y si éste vive. En cuanto a mí, me basta solo tu palabra.

—¡Ve en seguida y no pierdas tiempo, Afra!

—Nada nos apura, señora.

Siguió la esclava preparando la mesa. Cuando terminó se dirigió al palacio imperial, al cuartel de los arqueros nómadas e hizo llamar al jefe, quien acudió en seguida.

—¿Qué quieres, Jubala? No hay fiesta esta noche.

—Lo sé y vengo a un asunto muy importante para nosotros. Tenemos que ponernos de acuerdo respecto al prisionero.

—Allí está—dijo el soldado bárbaro.—Duerme tranquilo como si mañana se celebrasen sus bodas.

—Nosotros celebraremos las nuestras pasado mañana.

—Poco a poco. Antes han de reunirse algunas condiciones. Por lo pronto, es necesario que antes seas libre. No quiero casarme con una esclava. Luego quiero una buena dote. Necesito dinero.

—Seré libre. ¿Cuánto dinero quieres?

—Por lo menos trescientas libras.

—Te traeré seiscientas.

—¿Envenenaste a alguien, querida bruja? ¿Por qué no nos casamos entonces mañana mismo?

—Tenemos que esperar a pasado mañana y el



¿Ya sabes la noticia, señora?

dinero será bien ganado. Pero tenemos que hablar antes del prisionero.

—¿Qué tiene que ver él en esto?

—Mucho. Es preciso que viva.

—Tú estás loca. Pides mi cabeza. Se ve que no viste al emperador cuando me dió sus órdenes. Luego le verían y yo estaría perdido.

—Te equivocas. Hay que llevar a cabo el suplicio y que todos crean que ha muerto. Luego sus compañeros le ocultarán. Basta con que viva veinticuatro horas después del suplicio. Sé que eres hábil y si muere después, poco me importa.

—No me atrevo, Jubala. Es una persona demasiado importante y conocida.

—Pues entonces, no hay nada de lo dicho. ¡Qué pena esas seiscientas libras!

Al ver que Jubala se retiraba, el bárbaro, tentado por la codicia, la retuvo:

—Espera. . . Tendría que gratificar a mis compañeros para que no hablen y darles otro tanto de dinero para que hagan una fiesta. . .

—Para todo eso tengo otras doscientas libras.

—¿De veras, princesa? Eso sería mucho para ellos. Guardaríamos la mitad para amueblar nuestra vivienda.

—Así será si lo quieres. Lo que falta es que cumplas lo convenido.

—Ni una palabra más. Vivirá veinticuatro horas y luego celebraremos magníficamente nuestras bodas.

Eligió a cinco de sus mejores arqueros de con-

fianza, los reunió en su habitación y les explicó lo que deseaba de ellos y la recompensa que ganarían. Exigióles absoluto silencio y completaron los detalles de la ejecución.

Sebastián fué llevado al recinto exterior, despojado de sus ropas y atado a un árbol. El resto de la tropa de Hyphax asistía como público al espectáculo. El suplicio fué espantoso. Los flechazos se sucedían y daban cerca de las partes vitales del cuerpo pero sin tocarlas. El mártir se desangraba a chorros e iba desfalleciendo. Cada tiro era seguido por los aplausos de los asistentes, sin la menor compasión para el sufrimiento del tribuno.

Sebastián sufrió el martirio, pero la muerte no llegó. Cuando perdió el conocimiento, desataron el cuerpo, que cayó en tierra como muerto, exánime y empapado en sangre.

Cuando dos esclavos cristianos recibieron poco después el cuerpo del militar, una esclava negra pasó cerca de ellos y disimuladamente les dijo sobresaltándolos: "Todavía está vivo".

Entonces, en lugar de llevar el cuerpo a las catacumbas, lo transportaron a casa de Irene, en el palacio imperial, aprovechando que el emperador estaba ausente, porque la víspera había salido para su palacio de Letrán, llevándose consigo un gran séquito. Irene llamó en seguida a Dionisio, quien aseguró que las heridas no eran mortales, si bien la pérdida de sangre era tan considerable que Sebastián no se repondría en muchas semanas.

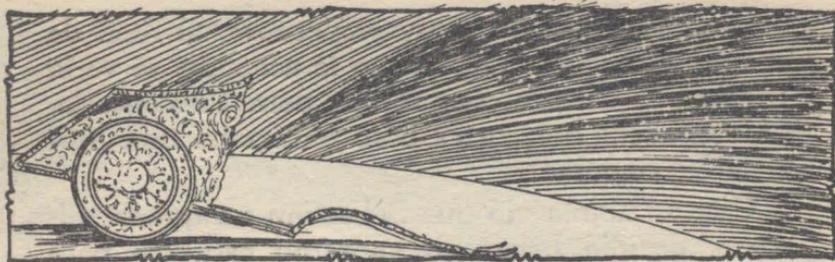
Durante las primeras veinticuatro horas, Afra

acudió a saber de la vida del militar, casi cada hora. Al llegar al término fijado en el convenio, acompañó a Fabiola hasta las habitaciones de Irene para que le viera. El tribuno respiraba débilmente. En seguida recibió su libertad y la dote. Esa misma noche, en el Palatino y el Foro se oyeron los cantos salvajes de la zambra con que los negros celebraban la ceremonia de la boda de Jubala e Hyphax.

Fabiola se interesó tanto por la salud de Sebastián, que Irene la creyó cristiana. Iba primero hasta la puerta a saber cómo seguía, y dió a Irene una gruesa suma de dinero para atender al herido. Luego la dama la hizo pasar a sus habitaciones y Fabiola se sorprendió al ver cómo era por dentro una familia cristiana. Todo la impresionaba favorablemente, destruyendo los prejuicios que tenía. Planeó con Irene el traslado del militar a su villa de la Campania, para cuando pudiera hacer el viaje.

Pero Sebastián, al irse reponiendo sentía seguir vivo y solo ansiaba curarse del todo para obtener una nueva corona de martirio.





IX

Mientras, reinaba el desencanto en casa de Fulvio, quien con una espada en las manos, decía:

—¡Es de cobre! . . .

A su vez, Eurotas se aproximó con un cinturón y dijo:

—Y estas piedras son falsas. De modo que nuestro beneficio total no llega a cincuenta libras. ¡Vaya un negocio que has hecho! Esta miserable ganancia cuesta la vida a uno de los mejores oficiales del emperador, por lo cual no te lo agradecerá.

En efecto, el tirano mostró mayor aversión por el asiático. Entonces, este último desesperado puso todas sus esperanzas en Inés, convencido de que era cristiana por la frase de Cecilia. Pensó en obligarla a que le aceptase por esposo y si no lo conseguía, la denunciaría, para tener la parte correspondiente de su fortuna.

No atreviéndose a ir de nuevo a casa de Inés,

le escribió una carta muy respetuosa, al final de la cual le insinuaba que si no le aceptaba se vería obligado a buscar otro medio para convencerla. La respuesta fué cortés pero encerraba una irrevocable negativa.

Como Fabiola vió que Sebastián no quería salvarse, decidió hacer un supremo esfuerzo para salvarle, aún contra su voluntad, logrando su perdón del mismo emperador. Para eso, elevó una solicitud de audiencia al tirano, acompañándola con una sortija adornada con piedras valiosas, con el pretexto de que se la enviaba como recuerdo de su padre que fué siempre tan leal a Maximiano.

El tirano aceptó el regalo, pero en lugar de recibir a Fabiola le hizo decir que la recibiría en audiencia junto con otros peticionarios, el 20 del mes, al descender la escalera de honor. Sin descorazonarse, la joven acudió aquel día y se colocó en la larga fila de esposas, madres o hijas afligidas que iban a solicitar gracia del emperador.

Apareció Maximiano y los postulantes le alargaban al paso sus escritos. El tirano a veces arrancaba el pergamino de la mano de alguno y lo arrojaba al suelo después de desgarrarlo. De cuando en cuando entregaba alguno a su secretario. Ya iba a llegar a Fabiola, cuando se oyó una voz que le llamaba sin tratamiento de ninguna clase. El corazón de Fabiola latió desordenadamente porque conoció la voz. Esta salía de una ventana del muro de enfrente, que daba a las habitaciones de Irene.



ES UN RECUERDO DE MI PADRE

En la ventana aparecía la figura demacrada de Sebastián, pálida y austera, de pie y envuelta en su túnica. Inmóvil y enérgico, increpaba al emperador.

—¡Maximiano!...

—¿Quién eres, insolente, que usas así el nombre de tu emperador?

—Yo soy un hombre que viene casi desde la muerte a decirte que se aproxima el día de tu castigo. Manchaste el suelo de Roma con la sangre de los Santos. Profanaste los altares y templos del verdadero Dios. Por eso y muchos crímenes, Dios te ha juzgado y caerá pronto tu castigo sobre tu cabeza. Vendrá otro emperador que acatará sus leyes divinas. Por los siglos de los siglos tu nombre será execrado. ¡Arrepiéntete! Todavía tienes tiempo. Pide perdón al Dios verdadero que te vé y te ha juzgado inexorablemente...

Todo el mundo escuchaba estas palabras en profundo silencio y Maximiano estaba espantado porque había reconocido a Sebastián a quien creía muerto y pensó que era una aparición. Pero pronto reaccionó y gritó a los guardias:

—Traedme en seguida a... (no se atrevió a nombrar a Sebastián). ¡Hyphax! ¿Dónde está Hyphax? Ahora mismo estaba aquí...

Llegóse Hyphax ante el emperador y se excusó en seguida:

—La culpa no es nuestra, señor. Si hubieras dejado que le metiéramos una flecha en el corazón, ahora no pasaría esto.

—Bien. Ahora quiero que mi orden se cumpla delante de mí. Que vengan dos hombres con sus mazas.

Adelantáronse dos maceros y se pusieron al lado de Sebastián, que ya había sido traído. Maximiano les explicó:

—Matadle con las mazas. Pero quiero un trabajo limpio, que no manche la escalera.—Y dándose vuelta, se dirigió a Fabiola diciéndole mientras le tendía la mano:—¿Cuál es tu petición?

La joven estaba horrorizada, casi desvanecida, y apenas pudo contestar:

—Ya es demasiado tarde, señor. . .

—¡Cómo!—exclamó el bárbaro al leer la solicitud.—¿Tú sabías que Sebastián estaba vivo? ¿Entónces tú también eres cristiana?

—No, señor, no lo soy. . . ¿Puedo retirarme?

—Hazlo si así lo deseas.

El emperador besó cortesmente la mano de Fabiola y ordenó en seguida que arrojaran el cuerpo de su tribuno a la cloaca mayor, para que no lo pudieran recoger los cristianos.

Pero esa misma noche el espíritu de Sebastián se apareció a Luciana, indicándole dónde estaban sus restos, que fueron rescatados y enterrados. Hoy descansan en la basílica de su nombre.

Fabiola, triste y abatida, buscó la soledad en su casa, pero al anochecer Graia su esclava le llevó un mensaje del que era portador un soldado de la prisión Mamertina. Sobresaltada, Fabiola le hizo entrar para interrogarle.



La figura demacrada de Sebastián.

—¿Quién te dió este aviso?

—La noble Inés en persona. Está allí presa, acusada por Fulvio que la denunció como cristiana.

En un momento, Fabiola estuvo vestida y llegó a la prisión, donde encontró a su prima en una celda individual.

—¿Qué es esto Inés? Es una acusación estúpida. Iré a ver en seguida a Tértulo y quedarás en libertad. Esta calumnia de Fulvio...

—No es calumnia. Soy cristiana.

—¿Y cómo no me lo habías dicho antes, querida prima?

—Porque a pesar de que tú eres muy buena, tenías grandes prejuicios contra nosotros.

—Los hubiese perdido al saber que tú y Sebastián erais cristianos. Bueno, de todos modos, es preciso que Fulvio pruebe su acusación.

—Es inútil. Ya he confesado que lo soy y me juzgarán mañana temprano. Como soy patricia y muy joven, seguramente para evitar comentarios de las gentes. De todos modos, doy gracias a Dios que me llama ya a su Divina presencia y a la gloria eterna. Deseo que antes del alba vuelvas para hablar contigo por última vez.

Prometiólo Fabiola y hondamente conmovida se retiró a meditar.

Entretanto, en casa del Prefecto, hablaban de Fabiola el magistrado y su hijo. Decía este:

—No se me había ocurrido esa gran idea. Fa-

biola tendrá que aceptarme por esposo o perder la fortuna de su prima Inés.

Mañana se decidirá mi porvenir, padre.

.

La avaricia, los remordimientos y la inquietud, hacían que Fulvio no pudiese parar en su casa y anduviese vagando por la ciudad esa noche. Pensaba en el crimen abominable que cometía con Inés. Prefería que fuese su esposa y no ver rodar su cabeza. De pronto, decidió una nueva tentativa para doblgarla y se dirigió a la prisión. Dió la contraseña y se hizo conducir a la celda de Inés. Esta le recibió tranquila:

—Retírate Fulvio y déjame pasar en paz mis últimas horas.

—Sé mi esposa, Inés y no tendrás que morir. Te haré huir de esta prisión y a pesar de los edictos del emperador, seguirás siendo cristiana y viviremos lejos de Roma. Elige.

—Nada tengo que elegir. Mi elección está hecha. Soy la esposa de Nuestro Señor Jesucristo.

—Esas son fantasías. Por última vez: o mi esposa o morir. . .

—Antes de que tuviera que vivir junto a un monstruo como tú, yo misma elegiría para ella la muerte—dijo una voz en la puerta de la celda.

Volvióse Fulvio y vió a Fabiola que acudía a su cita con Inés. Furioso, replicó:

—¡Pues tendrá la muerte! Y también la tendrás tú si te atreves otra vez a cruzarte en mi camino.

Cuando quedaron solas las dos primas, la niña tomó las manos de Fabiola y le dijo:

—Querida Fabiola. Nunca me negaste nada que te pidiera y ahora tengo algo que pedirte.

—Mándame lo que sea y desde ya te lo prometo.

—Prométeme que estudiarás las doctrinas del cristianismo. Tienes altas cualidades que se realzarán con la fe cristiana. Saldrás de ella purificada y descubrirás en ella nuevos horizontes nunca soñados por tí.

—Así lo haré, querida mía. Te lo prometo. Pero me apena mucho verme sin tí en esta nueva ruta espiritual.

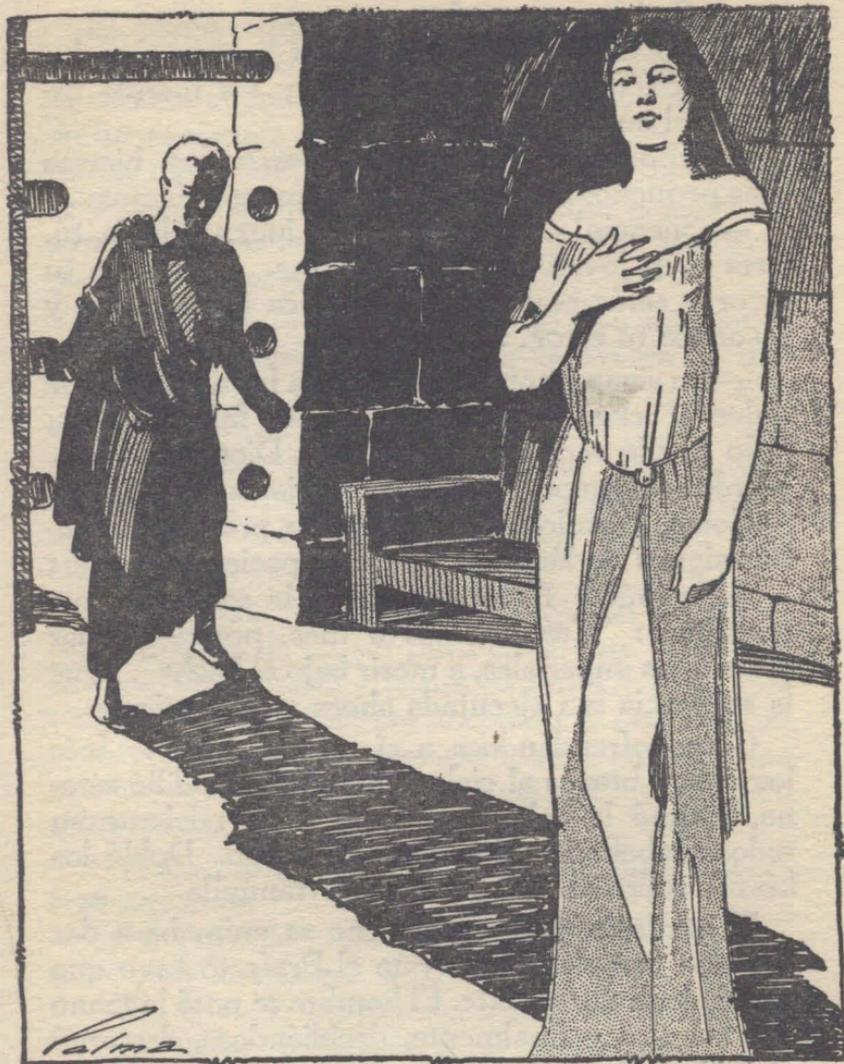
—¡Oye!—exclamó Inés.—Ya vienen a buscarme. Ahora me despediré de tí como nunca lo hice: ¡Qué Dios te bendiga!

Trazó sobre la frente de Fabiola el signo de la cruz y se abrazaron con infinito cariño.

Llevaron a Inés al Foro ante el Prefecto. A pesar de ser tan temprano, había bastantes espectadores en el juicio. Entre la gente del pueblo llamaban la atención dos personas embozadas en sus mantos. Una era un hombre joven envuelto en su toga, y la otra una dama con manto de oro y púrpura, acompañada por una esclava velada como ella.

¿Por qué no le pusieron cadenas?—preguntó el Prefecto.

—Como es tan joven y no hizo resistencia alguna...—respondió Cátulo.



Esta le recibió tranquila.

—¡Qué le pongan las esposas!

Buscó Cátulo los hierros más ligeros y se los puso. Sacudió Inés las manos y los hierros cayeron al suelo.

—Señor—dijo el ejecutor—eran los hierros más pequeños que había y creo que podríamos. . .

—¡Silencio!—interrumpió el juez.—Habla tú. Eres muy joven y me das lástima. Abjura de tu error y serás perdonada. Sacrifica a los dioses y reconoce tu error. . .

—No sigas—contestó tranquila Inés, con su voz dulce y clara.—Desprecio a tus falsos dioses. Solo puedo reconocer y amar al Dios verdadero. Pierdes el tiempo. Haz lo que quieras conmigo.

Como Tértulo notase entre los presentes algunos signos de lástima, perdió la paciencia y dijo:

—Es inútil. Escribano, copia la sentencia que te dictaré: "Condenamos a Inés, por despreciar los edictos imperiales, a morir bajo el hacha". Que la sentencia sea ejecutada ahora y aquí mismo.

Como ofrendándose a sí misma, levantó Inés los ojos y brazos al cielo y luego se arrodilló serena, inclinó la cabeza, recogió hacia adelante su sedosa cabellera y descubrió su cuello. Dobló los brazos sobre el pecho y esperó tranquila.

El verdugo, junto a ella, no se animaba a dar el golpe terrible, por lo que el Prefecto tuvo que reprenderle duramente. El hombre se pasó la mano por los ojos y finalmente, decidiéndose, descargó el golpe. Brilló el hacha un segundo y cayó se-gada la cabeza de la virgen.

El joven embozado hizo un movimiento de triunfo. Al otro lado, la dama, que había vuelto la cabeza, cuando se dió cuenta por el murmullo de los presentes de que el sacrificio estaba consumado, dióse vuelta y sacándose el rico manto cubrió con él los restos de Irene. Una aclamación popular acogió favorablemente el gesto. La dama se dirigió al magistrado y dijo:

—Señor, te lo ruego. No dejes que las manos de tus servidores levanten los restos de la que tanto quise en vida. Déjame que los lleve a la tumba de sus antepasados.

—Imposible, señora,—respondió Tértulo airado.—Cátulo, que el cuerpo sea arrojado al río o abrasado por el fuego, como se hace siempre. ¿Tú eres también cristiana?

—No. Pero si algo puede alentarme a serlo es este sacrificio de un ser puro como esta jovencita, dechado de virtudes y honra de nuestro sexo, que todavía viviría si hubiera aceptado la mano de un aventurero vil que la persiguió hasta en la misma prisión.—Y al decir esto señaló a Fluvio, quien gritó airado:

—¡Está mintiendo, señor, porque Inés se confesó cristiana!

Fulvio, pálido como un muerto, no se atrevía a levantar la cabeza. Tértulo dijo:

—Tu silencio acepta esa gravísima acusación. El emperador te detesta y yo podría condenarte por esto a la pena capital. No lo haré si sigues mi consejo; vete de Roma, huye de la indignación

de los hombres y de la venganza de los dioses del imperio. Pero si esta señora mantiene su acusación contra tí, le daré curso. Señora, ¿cuál es tu nombre?

—Fabiola.

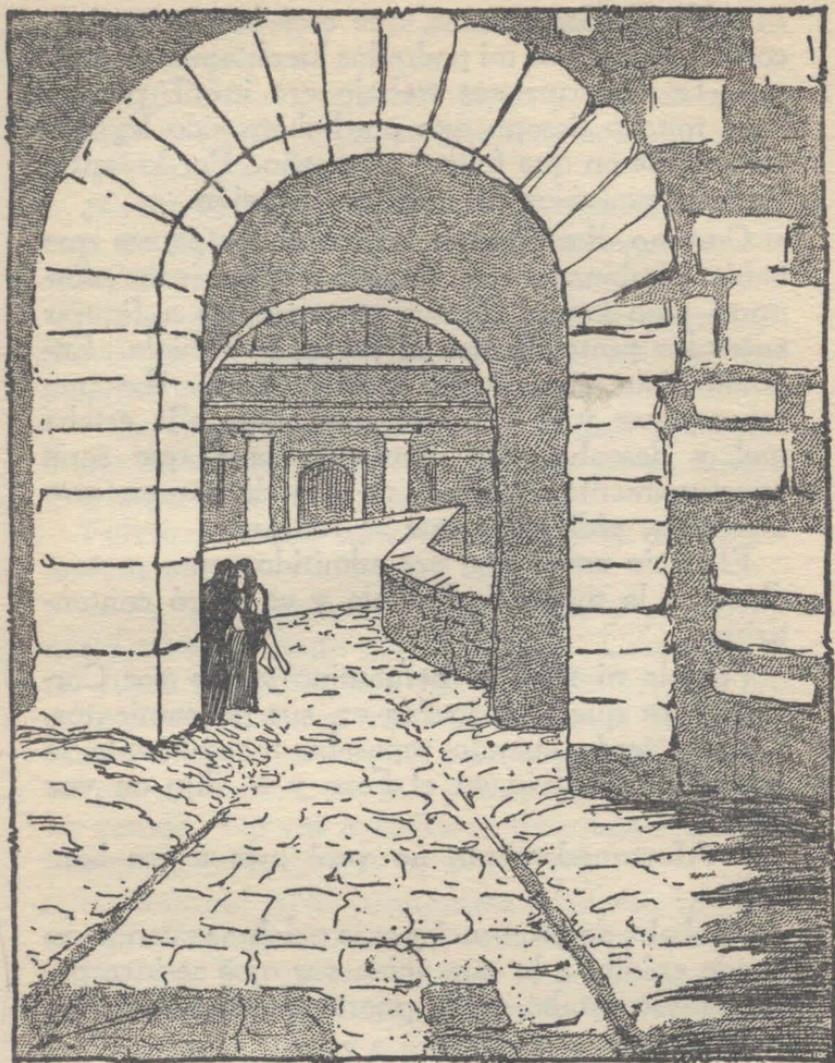
Tértulo cambió en seguida de modales con la que resultó ser la que aspiraba a tener por nuera, y le dijo respetuosamente:

—Aunque no te conocía personalmente, tenía noticias de tus virtudes y tu talento. Me honraré en servirte. Como eres pariente cercana de la víctima de esa traición, tienes derecho a reclamar su cuerpo. Llévelo si lo deseas.

Fabiola agradeció al juez, llamó a Syra, entre las dos llevaron el cuerpo de la mártir a una litera que esperaba fuera y se encaminó a su casa, siguiendo el vehículo a pie con su acompañante en señal de duelo.

Más tarde, aturdida todavía, le anunciaron un mensajero del emperador y muy extrañada vió entrar a Corvino, con aire ridículo y solemne, que se puso a dirigirle un discurso absurdo, del que no comprendía casi nada. Corvino decía que depositaba a los pies de la patricia el decreto imperial por el que le cedía los bienes de Inés, y con él ofrecía su grosera mano como sincera adhesión.

Fabiola no entendió que Corvino se le ofrecía como esposo y dijo que agradeciera al emperador en su nombre y que no acudía a hacerlo ella misma en el día porque estaba enferma. Corvino insistió:



Llevaron el cuerpo de la mártir.

—No olvides, señora, que esos bienes estaban confiscados y que mi padre los ha obtenido para tí.

—Te diré que ese trabajo era inútil, porque hace mucho tiempo que me habían sido legados para el día en que faltara su dueño. Por lo tanto, estaban excluidos de toda confiscación.

Corvino, desesperado, vió caer los planes que había combinado con su padre y confuso, murmuró algo acerca de sus pretensiones a figurar entre los pretendientes al favor de Fabiola. Entendió ésta que quería decir que esperaba una recompensa y le contestó que ahora ella estaba mal y deseaba sólo descansar, pero que sería oportunamente atendido en sus deseos en otro momento, pidiéndole que se retirase.

El necio creyó que era admitido como pretendiente a la mano de Fabiola y se retiró contentísimo.

Fabiola ni miró el pergamino traído por Corvino y se quedó abstraída en sus pensamientos. Caía la tarde cuando repasaba mentalmente la escena con Fulvio en el Foro y se dijo en voz alta:

—Afortunadamente no veré más a ese bandido...

Acababa de pronunciar esas palabras cuando no dando crédito a lo que veían sus ojos se incorporó, Fulvio estaba en la puerta de su habitación, y decía:

—¿A quién honras, señora, con tan graciosas palabras?

—A tí, Fulvio, y vete en seguida de aquí o te haré echar por mis esclavos.

—Tus servidores están lejos y has de escucharme por última vez porque tenemos una cuenta que arreglar entre nosotros.

¿Cómo se había introducido el miserable en la casa de Fabiola? Al presentarse a la puerta de calle, el portero le dijo:

—No entrarás. Mi señora está descansando. Salvo que tú también seas otro enviado del emperador.

—Lo soy—dijo el asiático—. El portero, asombrado de tantos mensajes imperiales en un mismo día, le permitió la entrada.

Fulvio se sentó ante la joven y le dijo insolentemente:

—Tu interponiéndote entre Inés y yo, arruinaste mi vida, junto con Sebastián. Como si eso no fuera bastante, hoy me acusaste en el Foro y he perdido para siempre la confianza del emperador. Luego me robaste mi fortuna. Ganada o no por un crimen, era mía y ahora es tuya. A eso he venido. No vas a disfrutar tranquilamente del dinero de Inés, que es mío.

—¡Infame! ¡No pronuncies aquí ese nombre sagrado! Si no te vas, me retiraré yo...

—¡No! Tú no vas a tener el producto de mi crimen. Vas a firmarme la cesión de los bienes de Inés ahora mismo o te quitaré la vida.

—Antes los daría al primer leproso que encontrara por la calle. ¡Vete de aquí!

—¡Entonces, muere!—gritó Fulvio, loco de ira. Empujó a Fabiola sobre el lecho y buscó afanoso en su cinturón un arma.

Cayó la patricia y cerró los ojos, esperando el golpe mortal, pero en seguida sintió caer sobre ella un cuerpo pesado, algo tibio que la mojaba y una voz conocida que decía:

—¡Cálmate, Oroncio!... Soy tu hermana Miriam...

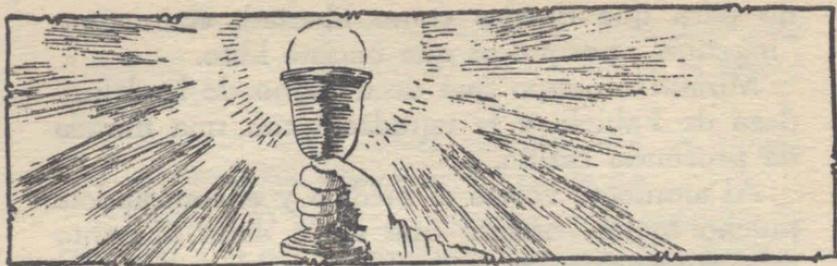
—¡Mientes!—murmuró Fulvio aterrorizado—. Mi hermana ha muerto.

La misma voz pronunció algunas palabras en lengua desconocida para Fabiola y oyó que Fulvio dejaba caer el puñal al suelo y salía gritando:

—¡Oh, Cristo!... ¡Esto es tu castigo!

Fabiola estaba ahogada por el peso, pudo incorporarse por fin y vió junto a ella a Syra cubierta de sangre. La fiel esclava se había interpuesto entre su señora y el puñal de su hermano.





X

Syra había oído la discusión y asistió al final de ella oculta tras una cortina, alcanzando a salvar a Fabiola de las iras del malvado.

Llamaron al médico que en otra ocasión, estando enferma la muchacha, la había atendido: Dionisio. Este dijo que la herida no parecía mortal, la curó y aconsejó absoluto reposo. Fabiola, con fiebre y rendida, quiso cuidarla ella misma y se acostó en un lecho al pie del de Syra.

Pasó Syra el día muy bien y después de darle algún alimento le preguntó Fabiola:

—Estás mucho mejor, Syra. ¿Tal vez tu médico te trajo alguna medicina maravillosa?

—Así es, mi querida señora.

Fabiola se inclinó hacia ella y le dijo con dulzura:

—Te suplico que ya no me llames así. Como lo deseaba, hice labrar tu acta de liberación, pero

no para que quedes como libertad, sino como "ingenua", porque sé que naciste libre.

Miriam no supo qué decir digno de la delicadeza de Fabiola y le agradeció con una mirada de profundo cariño.

Al atardecer volvió el médico y encontrándola mucho mejor, ordenó que se le diera alimento más sustancioso y le permitió hablar. Cuando estuvieron solas, dijo Fabiola:

—Como ya te dejan hablar, Miriam, te diré que te estoy sumamente reconocida, no sólo porque me salvaste sino porque lo hiciste con el sacrificio de tu misma vida. Me has dado un elevado ejemplo de virtud.

—No hay mérito en lo que hice. Cumplí con mi deber.

—A tí te lo parece porque estás educada en esa doctrina que considera los actos heroicos como deber de cada día.

—Ya ves que entonces, dejan de ser heroicos.

—No disminuyas tu mérito. Yo encadeno perfectamente todas las cosas que desde hace tiempo me vienes diciendo. Solamente que todavía hay cosas que no entiendo, por ejemplo, ese profundo misterio de la naturaleza de Dios.

Miriam tomó las manos de Fabiola y las puso sobre su pecho diciéndole cariñosamente:

—Fabiola, si tú quieres, maestros que saben mucho más que yo te instruirán, porque lo merece tu espíritu elevado. Pero si ahora pruebo a darte alguna explicación, ¿me creerás?

—Sí, Miriam, porque aquel que está dispuesto a dar su vida por otro, no puede tener la intención de engañarle.

—Bueno—dijo Miriam sonriendo—, ya tienes contigo un gran principio: el de la Fe.

Al siguiente día llegó Dionisio y encontró a la enferma y la enfermera muy alegres. Las felicitó por la buena noche y Miriam dijo que, en efecto, había sido hermosa. Como el médico quedara intrigado, agregó Miriam:

—Venerable padre, confío a tus cuidados esta catecúmena que desea ser instruída en la fe de nuestro Señor.

—Pero... ¡Cómo! ¿No eres médico?

—Sí, hija mía, además de médico soy indigno sacerdote de Dios en su iglesia.

Fabiola se arrodilló y besó la mano al anciano. Este puso su mano sobre la cabeza de la joven y le dijo:

—No eres tú la primera cristiana de tu familia. Hace muchos años fuí llamado a esta casa por una esclava que ya murió, con el pretexto de asistir a un enfermo, pero en realidad para bautizar a la esposa de Fabio pocas horas antes de su muerte.

—¡Cómo!—exclamó Fabiola—. ¡Mi madre, que murió al nacer yo, era también cristiana!...

La noticia fué una gran alegría para las dos amigas. Convinieron con Dionisio lo necesario para que Fabiola pudiese ser bautizada, luego de

recibir instrucción religiosa. La joven patricia dijo:

—Miriam, ¿puedo llamarte ahora mi hermana?

Poco tiempo después, la nodriza Eufrosina y la esclava griega, se convirtieron también al cristianismo y se prepararon para ser bautizadas en la próxima Pascua.

Mientras Miriam convalecía, contó a Fabiola la historia de su vida.

Pocos días después de oír de labios de Miriam su historia, Fabiola fué advertida de que un anciano deseaba verla por un asunto urgente. Cuando le recibió le dijo:

—Noble señora, vengó por una deuda. Me llamo Efraim y dí una gran suma de dinero con la garantía de los bienes de la noble Inés. Si no cobro ahora, quedaré arruinado.

—Eso no es posible—dijo Fabiola—. Mi prima no pudo haber contraído deudas.

—No fué ella, sino un joven llamado Fulvio, a quien debían pasar esos bienes por confiscación y yo le adelanté mucho dinero a cuenta de lo que había de cobrar más tarde.

Fabiola, justamente indignada, estuvo por echar a aquel hombre a la calle, mas luego pensó que Fulvio era el hermano de Miriam y le dijo:

—Yo pagaré las deudas de Fulvio. Pero al interés corriente y no con usura.

Fueron inútiles las protestas del judío y Fabiola hizo que su intendente liberto arreglara la cuenta,



Fabiola se arrodilló.

que quedó reducida a la mitad de lo que el usurero pedía.

Para apresurar la curación de Miriam, Fabiola se trasladó con la gente a su servicio a la villa Nomentana, pero la enferma, cerrada ya su herida, adelgazaba cada vez más, continuamente sacudida por la tos y las mejillas tenían un alarmante color rojizo.

Cuando Dionisio le vió de nuevo, se dió cuenta de que la daga había resbalado sobre la clavícula, interesando la pleura y se había declarado una tisis incurable. Fabiola lo supo y se fué a orar en la tumba de Inés, donde oró y lloró, hasta que más tranquila volvió al lado de la enferma, que le dijo:

—Cuando yo muera, darás sepultura a mi cuerpo a los pies de Inés. Rézale a ella y ora por mí, permaneciendo cerca de nuestros restos hasta que venga de Oriente un extrajero con buenas noticias.

Llegó el domiingo siguiente, día en que Fabiola debía dejar sus vestiduras blancas y Dionisio, con especial autorización, celebró la misa en la habitación de Miriam y le administró el santo viático. Miriam tomó la mano de Fabiola y le dijo:

—Ya llegó mi hora. Perdóname si alguna vez te dí mal ejemplo o falté a mi deber para contigo. Cuando no pueda ya hablar, traza sobre mis labios la señal de la Santa Cruz.

Fabiola rompió en sollozos y Dionisio rezó las oraciones para los moribundos. Momentos después, Miriam que le acompañaba, calló y levan-

tando la mano débilmente en señal de despedida, expiró con la sonrisa en los labios. Fabiola la lloró con profunda pena, pero con esperanza porque ahora ya era cristiana.

.

Pasaron quince años desde la muerte de Miriam, es decir que nos vemos ya en el año 318 de la Era Cristiana, tiempo de paz para la Iglesia. Una tarde volvía Fabiola a su villa, después de haber pasado el día con los enfermos del hospital que estableciera en su casa de la ciudad, cuando se presentó a ella el fosor del cementerio.

—Señora—le dijo—. Creo que acaba de llegar de Oriente el extranjero que aguardas desde hace tanto tiempo. Esta mañana noté entre la gente la presencia de un hombre como de cincuenta años. Llevaba el hábito de los monjes de Oriente. Se postró ante la tumba de Inés y lloró. Al irse me preguntó si sabía dónde estaba enterrada Miriam. Le indiqué el sitio y me preguntó:

—¿Sabes de qué murió?

—De consunción—le contesté.

—¡Oh, gracias, Dios mío!—exclamó. Se prosternó hasta tocar el suelo con su frente.

—Tengo que verle—respondió Fabiola.

El extranjero llegado de Oriente pasaba por el Foro al día siguiente, cuando vió un grupo de gente que se burlaba de alguien y oyó un nombre muy conocido que le hizo detenerse.

El objeto de las burlas era un hombre más joven que él, calvo, cubierto de manchas y absesos,

andar vacilante y aspecto de borracho. Estaba sucio y harapiento. Un joven le decía:

—¡Oye, Corvino! ¿No sabes que esperamos pronto en Roma a Constantino? Si ahora los cristianos tómasen su desquite, lo pasarías mal. . .

El hijo del antiguo Prefecto se alejó del grupo, así como el peregrino, en dirección de la basílica de Letrán, cuando de pronto se oyó un ronco rugido seguido de un agudo grito de dolor. Corvino, llevado por un impulso mórbido, al pasar por el Coliseo se había acercado a las jaulas de las fieras y provocó a una pantera, que saltó de pronto hacia él, sacando las garras por entre los barrotes y alcanzándole en la garganta, donde le hizo una espantosa desgarradura.

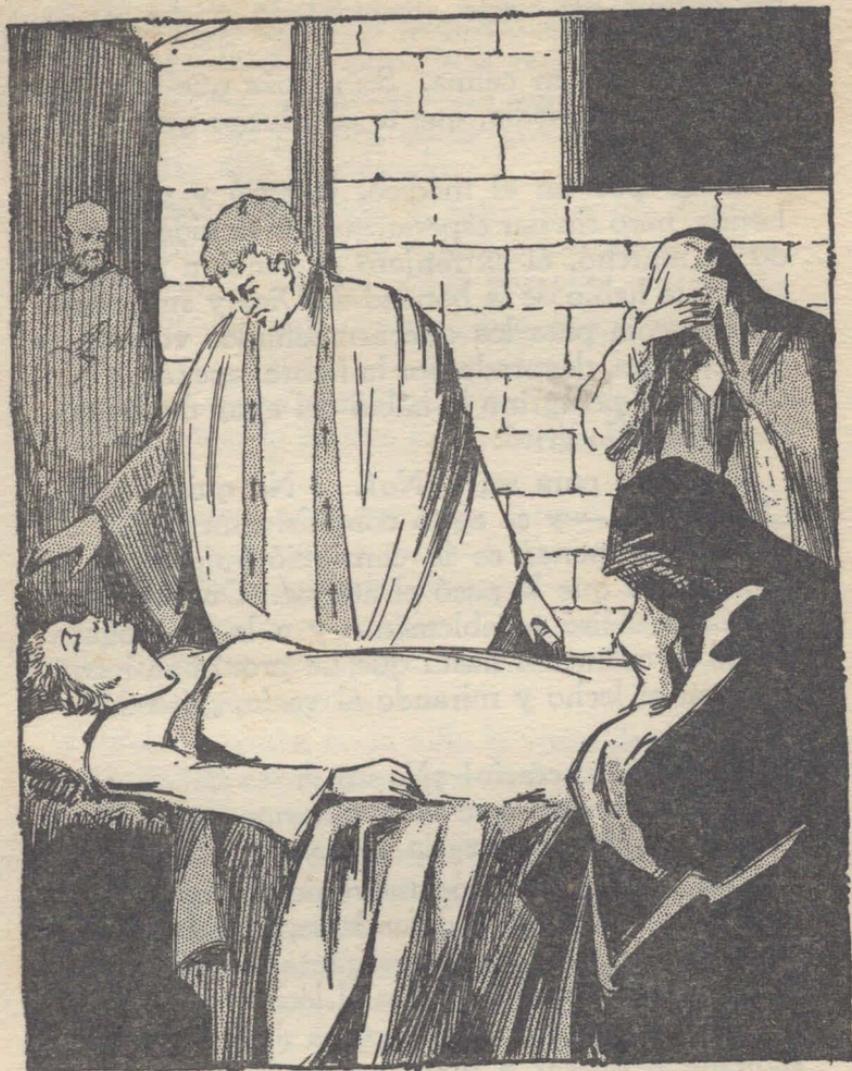
Levantaron a Corvino y le llevaron a su casa, allí cerca. El desconocido les siguió, mandó llamar un médico y mientras llegaba procuró vendarle y contener la hemorragia. Cuando Corvino abrió los ojos miró fijamente al desconocido y éste le dijo con voz suave:

—Corvino, ¿me reconoces?

—¿Yo? . . . ¡Oh, sí! . . . eres el zorro . . . nuestras cazerías de cristianos . . . ¿qué fué de tí después de . . . ?

—Cálmate Corvino y no evoques un pasado tan terrible. Mira que yo también soy cristiano. No te muevas así si quieres curarte.

—¡Cómo! ¡Tú cristiano, luego de haber vertido su sangre! ¿Y te perdonaron? ¿Y has podi-



Al verla rompió en sollozos.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

do dormir sin verte atormentado noche y día como yo?

—Calla y ten calma. Sufrí más que tú, pero encontré el remedio, que te diré luego que el médico te cure.

Llegó por fin el médico, le curó y vendó la herida, pero sin dar esperanzas por su vida. Cuando se marchó, el extranjero se sentó a su cabeza y le habló de la bondad de Dios y su infinita misericordia para los que arrepentidos vuelven a él. Corvino, devorado por la fiebre, apenas le oía. Cuando el peregrino le habló del agua del bautismo, el herido gritó:

—¿Agua para mí? ¡No!... No quiero agua. Llévatela...—y se agitó convulsivamente.

A duras penas se le consiguió sujetar en la cama hasta que le pasó el ataque. Durante toda la noche deliró terriblemente y a la madrugada creció la calentura hasta que de pronto se incorporó en el lecho y mirando al vacío, gritó desesperado:

—¡Vete, Pancracio! ¡No me mires así!... ¡Sujeta a esa pantera que va a saltarme encima!... ¡Ay!... ¡Me destroza la garganta!

Y el infeliz, haciendo movimientos como para luchar con la fiera y defenderse, se arrancó los vendajes, le saltó de la garganta un chorro de sangre y cayó cadáver sobre el lecho.

Al día siguiente, el viajero se dedicó empeñosamente a buscar a una persona bajo los arcos del Foro, hasta que por fin dió con él, le habló

y se encaminaron a un pequeño negocio al aire libre detrás del Capitolio. Allí registraron el archivo de la tienda, cubierto de polvo de muchos años, hasta dar con los datos que buscaban. El comerciante dijo asombrado:

—Nunca en mi vida vi esto; que un deudor luego de haberse fugado vuelva a los quince años para abonar su deuda. ¿Tal vez eres cristiano?

—En efecto, soy cristiano por la misericordia divina.

—Bueno, pues si me necesitas, estoy a tu disposición, como lo estuvo mi padre Efrain en otro tiempo.

El peregrino, con aire más sereno, se dirigió a la villa Nomentana y buscó a Torcuato. Cuando le halló le dijo tranquilamente:

—Torcuato, si es posible, deseo ver hoy a Fabiola. ¿Puedes acompañarme hasta ella?

—Vamos en seguida.

Fabiola esperaba en la villa la visita del extranjero, quien al verse en su presencia le dijo humildemente:

—No me hubiera atrevido, señora, a persentarme ante tí, a no ser que era para mí un deber de justicia y de gratitud.

—No tienes conmigo ninguna obligación, Oroncio, porque así debo llamarte, según creo...

—Sí, ese es mi verdadero nombre. Pero tenía que agradecerte lo buena que fuiste con mi hermana, para la que yo descuidé los más elementa-

les deberes. Además, hoy supe tu misericordia conmigo.

—¿Qué quieres decir, Oroncio?

—Pertenezco a una comunidad de cristianos que vivimos separadamente en el desierto, entregados al trabajo manual, la oración y la penitencia. Por lo tanto no tenemos bienes terrenales de ninguna clase. Pero antes de salir de Roma yo había contraído una deuda cuyos crecidos intereses tenían que ser enormes. Como la deuda fué hecha voluntariamente, tenía que satisfacerla. Pensé, para pagarla, ofrecerme como esclavo al acreedor. Pero me enteré de que tú habías pagado aquella deuda y vengo a tí porque seré tu esclavo en lugar de serlo del judío o de su hijo.

A estas palabras se arrodilló delante de Fabiola, quien conmovida le hizo levantar y sentarse a su lado, diciéndole:

—No eres mi esclavo sino mi hermano en la santa fe. Lo único que deseo es que me cuentes tu conversión y por qué te hiciste cenobita.

—Te lo diré en pocas palabras: Huí de Roma, ya sabes en qué forma y acompañado de Eurotas. En Brindisi fletamos un barco con rumbo a Chipre. Allí nos fué mal en toda clase de especulaciones. Fuimos a Gaza, pero parecía que una maldición nos acompañaba. Eurotas quería que denunciara más cristianos, pero me negué firmemente. Entonces un día me propuso un paseo por las afueras de la ciudad y acepté. Llegamos a un valle que parecía deshabitado. Nos sentamos para des-



No eres mi esclavo, sino mi hermano.

cansar y Eurotas me dijo tranquilamente: "Tenemos que cumplir con lo resuelto, porque hemos fracasado y no debemos sobrevivir a la ruina de nuestra familia, ya lo sabes. Lo he preparado todo".

"Sacó dos ampollas llenas de un líquido, me dió la mayor y bebió lo que la otra contenía. Yo le dije que no quería morir y le reproché que me hubiese dado la mayor, pero me respondió que estaban calculadas para la resistencia física de cada uno. Me negué a tomar el veneno. Me sujetó por la fuerza y me vertió en la garganta la pócima. Perdí el conocimiento y luego volví en mí en una caverna donde un anciano me atendía. Me dió agua porque me abrasaba de sed. Me dijo que Eurotas había muerto.

"El anciano que me cuidó era Hilarión, que había sido ermitaño con San Antonio. Tenía numerosos discípulos que hacían su misma vida de cenobitas. Su ejemplo, el recuerdo de mi madre y mi hermana, y la meditación, me convirtieron. Para la Pascua recibí el bautismo.

"Hoy mismo volveré al desierto de Gaza. Cumplí los dos móviles del viaje: depositar una ofrenda en la tumba de Inés y pagar mi deuda".

—¿Y tienes dinero para el viaje?

—Tendré siempre la caridad de los fieles. Llevo una recomendación del obispo de Gaza. Antes de marchar, aceptaré de tí un trozo de pan y un poco de agua.

Cuando entraron en la casa, se asombró Oroncio de ver la modestia actual, bien diferente del lujo de antes. Fabiola le llevó a una habitación apartada donde le enseñó un rico cofrecillo incrustado de pedrería y cubierto con un velo bordado. Oroncio leyó la inscripción:

“Sangre de la bienaventurada Miriam, vertida por manos crueles”.

El hombre se tambaleó, pálido como un muerto. Fabiola le dijo entonces:

—Fuimos muy crueles hiriendo a la que hoy es nuestra hermana, pero aquello nos condujo al arrepentimiento de nuestras culpas. La sangre de los mártires nos muestra el camino de Dios.

Arrodillados, oraron juntos largo rato y luego se separaron para no verse más.

Oroncio siguió algunos años su vida ejemplar de penitencia, hasta que durmió el sueño de los justos bajo las palmeras de un valle cercano a Gaza.

En cuanto a Fabiola, vivió muchos años virtuosamente y cuando el Señor la llamó a su seno, reposaron sus restos junto a los de Inés y Miriam, reuniéndose sus almas puras en la gloria eterna.



TITULOS PUBLICADOS

EN ESTA COLECCION



CUENTOS DE ANDERSEN
CUENTOS DE PERRAULT
CUENTOS DE GRIMM
CUENTOS DE SCHMID
LEYENDAS DE BECQUER
FABULAS DE IRIARTE
CUENTOS DE LA ABUELA
AVENTURAS DE ROBINSON
LAS MIL Y UNA NOCHES
VIAJES DE GULLIVER
¿QUO - VADIS?
DON QUIJOTE
LA CABAÑA DEL TIO TOM
UN VIAJE A LA LUNA
DUEÑO DEL MUNDO

GRANDES CONQUISTADORES
CORAZON
AVENTURAS DE TELEMACO
UN CAPITAN DE QUINCE AÑOS
GRANDES LIBERTADORES
LA ILIADA
GRANDES INVENTORES
FABIOLA
GRANDES NAVEGANTES
CUENTOS DE LA ALHAMBRA
LOS HEROES DEL AIRE
NARRACIONES DE LA SELVA
CUENTOS ESCOGIDOS
GRANDES EXPLORADORES
LEYENDAS DE ORIENTE

